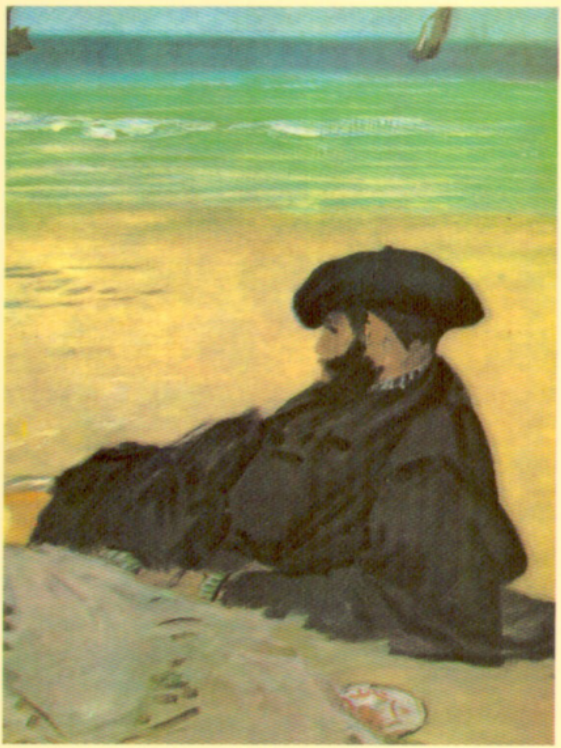
CLAUDIO MAGRIS

Otro mar



ANAGRAMA
Panorama de narrativas

OTRO MAR

CLAUDIO MAGRIS

ANAGRAMA
Panorama de narrativas

Título de la edición original:
Un altro mare

Edición en formato digital: agosto de 2021

© imagen de cubierta, «En la playa» (detalle), 1873, Edouard Manet,
Museo del Louvre

© de la traducción, Joaquín Jordá, 1992

© Garzanti Editore s.p.a., 1991

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 1002
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4355-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es

I

’Αρετὴ τιμὴν φέρει, la virtud trae consigo el honor. Realmente, para ser exactos y obedecer las buenas reglas de la filología, *Tugend bringt Ehre*. En efecto, Konrad Nussbaumer, el profesor encargado de la clase, quería la traducción en alemán y era lógico, en aquellas aulas opacas del viejo Staatsgymnasium provincial de Gorizia, entre los pupitres regulares y tan iguales como las hojas del calendario de pared que desaparecían día a día con un leve crujido bajo la mano del bedel, y las paredes grises, de un gris que no se sabía si era un color o bien el vestigio de algún color perdido.

Puede que hubiera comenzado allí, cuando al entrar en aquellas aulas experimentaba la sensación de que algo faltaba; el tintero sobre el pupitre era el ojo hondo y oscuro de un cíclope, pero la tinta estriaba el cristal con reflejos azules que evocaban la lejanía del mar o incluso solo de los montes del Collio, tan fáciles de alcanzar apenas salidos de la escuela, y el deseo de llegar a ese azul vaciaba las horas de clase en la impaciencia de que transcurrieran lo más rápidamente posible, era el dolor y la nulidad de las cosas, que siempre quieren haber ya sido.

Ahora, a su alrededor, solo el mar. Ya no el Adriático de Pirano y Salvore, donde pocos meses antes ya había sucedido todo, tampoco el Mediterráneo sometido a la autoridad de los aoristos y de la *consecutio temporum*, más familiares para él que el italiano e incluso que el alemán, sino el océano, monótono e indefinido. Grandes olas en la oscuridad, una espuma blanca, el ala de un pájaro que se precipita en las tinieblas. Lleva horas y horas en el puente, inmóvil, jamás cansado de esas cosas que no cambian. La proa corta el agua y no la alcanza porque parece caer en el vacío de la hendidura que se abre debajo de ella, el sordo rumor de la ola se rompe contra los costados de la nave.

Ahora es de noche y no se ve nada, pero también antes, con los ojos entornados en el sol tenaz y manchas rojoscuras bajo los párpados, aquel profundo azul del cielo y del mar parecía negro; además el universo es oscuro y solo el ojo, también él viejo filólogo, tiene la manía de traducir invisibles frecuencias de onda en luces y colores. Tampoco en la reverberación cegadora del mediodía, cuando

todo el mar es resplandor, se ve nada y es un encanto, la epifanía de los dioses.

No está claro si con aquella fuga está iniciando o concluyendo su vida; su currículum dice Enrico Mreule, nacido en Rubbia el primero de junio de 1886 del difunto Gregorio y de Guilia Venier, residente en Gorizia, calle Petrarca, tres, primero, desde 1898, bachillerato terminado en el instituto estatal y así sucesivamente, datos incontestables que quizá será difícil seguir enumerando, no porque él tenga la ambición de borrar sus propias huellas o despistar a quién sabe quién, sino porque de aquel mar oscuro, que suena uniforme allí debajo, sube y lo envuelve una irresistible despreocupación por todo lo que cae de los bolsillos. Se siente orgulloso de ello, es una virtud anónima que no le pertenece pero que en cierto modo trae consigo el honor, como en la sentencia preferida por Nussbaumer para los ejercicios de traducción.

Enrico se fue el veintiocho de noviembre de 1909; embarcó en Trieste rumbo a la Argentina sin avisar a casi nadie y después de decirle a su madre que necesitaba un poco de dinero para un viaje a Grecia, con el cual coronaría los estudios de filología clásica realizados en Innsbruck y en Graz. Incluso después de la muerte ahora lejana del padre, su familia, gracias a unos cuantos molinos en Gorizia, había mantenido un modesto bienestar, y además el dinero era el único viático que su madre era capaz de darle.

Su madre prefiere a su hermano solo porque es más pequeño. Pero para ambos, e incluso para la hermana, es difícil besar ese rostro más agrio que materno; hay un misterio doloroso en esa dura arruga en la boca, como en cualquier corazón que siente dificultad para amar. Es una amarga pena sin compasión, pero allí en el puente, contemplando la estela que se pierde inmediatamente engullida por la noche, Enrico decide no volver a pensar en ese rostro, en la recíproca deuda sin cancelar y en los malentendidos que los han enfrentado. Esa idea se pierde entre los palos de la nave y las tinieblas, se pierde verdaderamente para siempre, es extraño lo fácil que resulta liberarse de ella sin herida; pasado un instante ese estupor, con su atisbo de remordimiento, se desvanece también. Ahora solo se siente perezoso, adormilado en el viento de la noche y en el rumor del mar.

A la partida en Trieste, solo lo había acompañado Nino. En la cabina de mando debe estar el sextante, que señala un punto sobre el mar midiendo la altitud de los astros en el horizonte, imperceptiblemente más bajos a medida que se avanza hacia el sur. Enrico intenta imaginar el sextante y los demás instrumentos que sirven para mantener la dirección y no extraviarse, para saber dónde se está y por tanto quién se es en esa uniforme extensión de agua; su vida, no importa lo que suceda a uno y otro lado del océano, será toda

una trigonometría de aquella buhardilla donde se encontraban todos los días los tres: Carlo, Nino y él.

Cuando se conocieron en la escuela, Carlo todavía constaba en el registro como Karl Michlstädter, y de inmediato se convirtió en «el amigo que debía colmar todo mi espacio y ser mi mundo, lo que yo buscaba», como Enrico le había escrito poco antes de partir; su común valoración del mundo era el deseo más grande, maravilla y placer. En la buhardilla de Nino, en Gorizia, los tres juntos habían leído, en el original, a Homero, los trágicos, los presocráticos, Platón y el Evangelio, y Schopenhauer, también en el original, claro, y los Veda, los Upanishad, el sermón de Benarés y los demás discursos de Buda, e Ibsen, Leopardi y Tolstói; se habían contado en griego antiguo sus pensamientos y los incidentes cotidianos, como aquella historia de Carlo con el perro, traduciéndolos luego al latín para reírse.

En aquella buhardilla había ocurrido algo simple y definitivo, una llamada sin apelación, clara y despejada como aquellos días en que iban a nadar y hacer rebotar los guijarros en el Isonzo: Carlo sonríe, blanca cresta de una ola bajo los ojos negros y los cabellos negros, y se va, como quien se levanta de la mesa y se dirige a la pista de baile o se sube a la cumbre del San Valentín o a la buhardilla, en la persuasión.

Nino Paternolli lo había acompañado de Gorizia a Trieste, un breve viaje a través de ásperos guijarros y matorrales rojizos, sangre coagulada del otoño bajo un cielo turbio. Cuando llegaron al puerto ya anochecía, en lo alto se deshacían murallas de nubes oscuras, un viento blando rozaba sus rostros como si fuese un trapo. El fanal de proa del *Columbia* iluminaba un círculo verdoso; entre mondaduras y otros desechos flotaba una calabaza y se rompía en los saltos de la luz, hinchado seno del mascarón de proa caído de un velero y carcomido por el mar.

El fanal arrojaba un cono de luz sobre el agua igual que la lámpara de aceite sobre los papeles de la mesa, aquel velón con su alto fuste y dos picos sagrados y rapaces, que iluminaba las páginas de Carlo mientras este las llenaba con su caligrafía grande y nítida, feliz de escribir, libre y justo como era, sin la ansiedad de tenerlas ya escritas, como el histrión que quiere crear la obra pero no ama el trabajo y piafa en la prisa de acariciar el volumen bien encuadernado. Ahora la lámpara está en el escritorio de la buhardilla de Nino, con su pantalla historiada con sentencias de los presocráticos. La pistola en cambio debe de estar en algún cajón, Enrico quería llevársela consigo pero en la nave era imposible, de modo que se la ha dejado a Carlo, a quién si no podría dejar algo suyo.

Carlo le había dicho que, a la hora en que la nave debía zarpar, subiría al tejadillo del tragaluz de la buhardilla para mirar, en la tarde

que se apagaba, en dirección a Trieste, allí donde él, Enrico, partía, como si sus ojos pudiesen hurgar en las tinieblas y salvar las cosas de la oscuridad, él, que había enseñado que filosofía, amor de la sabiduría indivisa, quiere decir ver las cosas lejanas como si estuviesen próximas, abolir el ansia de aferrarlas, porque simplemente son, en la gran quietud del ser. Quién sabe cómo era su rostro mientras se asomaba por la ventana, los ojos negros en la noche, si no había una sombra de inapelable melancolía por su partida y amargo deseo de detener su carrera, que sin embargo tanto, quizá demasiado, había admirado.

En la nave que ahora surca el Atlántico, ¿Enrico está corriendo por correr o bien por llegar, por haber ya corrido y vivido? Él, a decir verdad, permanece inmóvil; ya esos pocos pasos entre la cabina, el puente y el comedor le parecen inconvenientes en la gran inmovilidad del mar, siempre igual alrededor de la nave que pretende surcarlo, mientras el agua retrocede por un instante y de inmediato se cierra. Maternal, la tierra soporta el arado que la desgarra, pero el mar es un gran esplendor inalcanzable, nada deja huella en él: los brazos que nadan no lo abrazan, lo alejan y lo pierden, él no se entrega.

Eso dijo Carlo, o, mejor, lo escribió al inicio de la obra maestra que ahora está terminando, pero es posible incluso que esa imagen se la sugiriera él, o bien Nino, así, sin darse cuenta, durante un paseo en barca o tendidos sobre las rocas blancas de Salvore, una imagen que pasa por la cabeza y cae en la nada si no es recogida por alguien que sabe colocarla en el lugar exacto y hacerla resplandecer. Es posible que fuera también uno de los apóstoles quien mostró a Jesús, al azar y sin saber por qué, un lirio en el campo. Él y Nino llevaban muchas notas a aquella buhardilla, las recogían de todas partes, de sí mismos, de los rostros de la gente, de las hojas amarillas de los castaños de Indias de Piazza Ginnastica, pero era Carlo quien con aquellas notas sueltas sabía componer una novena sinfonía.

Tú sabes situarte por entero en el presente, Rico, le habían dicho cuando partió, navegas por el mar abierto sin buscar temeroso el puerto y sin empobrecer la vida con el temor de perderla. Enrico contempla cómo se seca en el puente una mancha de humedad; la evaporación es rápida, la mancha se aclara, la separación de los elementos es casi visible, hasta el sudor se seca en su piel. Tu sitio, Rico, es la furia del mar. Enrico contempla el horizonte, debería sentirse feliz por esas palabras y en cierto sentido lo es, pero se levanta y va a beber una cerveza, solo por hacer algo. Siempre le ha gustado la cerveza, en especial la alemana; cuando estudiaba en Innsbruck cruzaba la frontera para ir a beberla a Alemania, porque la austríaca le parecía insípida.

Puede que no se haya explicado bien, sin embargo han hablado

durante toda la noche, antes de la partida. En primer lugar, se ha ido para no hacer el servicio militar. No es que sea hostil a la doble monarquía, como tantos amigos suyos irredentistas. Hasta le gusta que Gorizia sea la Niza de los Habsburgo. Un paseo tranquilo y de vez en cuando más lento y breve de algún coronel retirado, las alas del águila bicéfala comienzan inadvertidamente a cerrarse y el ojo que escruta los confines del imperio es el botón de vidrio de un pájaro disecado. La mescolanza de estirpes y su agonía son una gran escuela de civilización y de muerte; también una gran escuela de lingüística general, ya que la muerte es una especialista del pretérito perfecto y del futuro anterior. Graziadio Isaia Ascoli, goriziano y famoso lingüista, murió en Milán cuando ellos acababan de terminar el instituto. Senador del Reino, al igual que Manzoni; los hebreos de estos lugares siempre han sentido una debilidad por Italia, pero en las orillas del Isonzo plurilingüe Ascoli había aprendido que da igual aclarar la voz en las aguas del Arno o de otro lugar.

Enrico posee talento para los idiomas, habla y escribe tanto en griego y en latín como en alemán o en dialecto, y el español que estudia a ratos en la nave que lo lleva a la Argentina se le está haciendo rápidamente familiar. El profesor Federico Simzig, director del Saatsgymnasium, lo consideraría un auténtico goriziano, pues para ser tal y vivir de manera suelta y natural en su propio mundo se debe, en su opinión, conocer el italiano, el alemán, el esloveno, el friulano y el véneto-triestino. En efecto, él conoce bastante bien el esloveno, lo ha aprendido de Nino jugando en las calles de Rubbia; cuando iba con algunos compañeros del instituto a bañarse al Isonzo, y veía que Carlo y Nino no entendían lo que Stane Jarc, su compañero de pupitre, decía a Josip Peternel mientras reía y lo salpicaba, pensaba en cuántas cosas vivas y cercanas permanecen indescifrables e inescuchadas.

Pero Nussbaumer estaba en lo cierto al pretender la traducción del griego al alemán, los dos idiomas indispensables, tal vez los únicos con los que podemos preguntar dónde nacen y desaparecen las cosas. Con el italiano es diferente, esa no es la lengua para nombrar las cosas, para contemplarlas al tiempo que nos quedamos atónitos con su luz o con su vacío, sino la lengua de la dilación y de la conciliación con lo insostenible, buena para divagar y para confundir un poco el destino a fuerza de cháchara. La lengua de la vida, en suma, y por tanto conciliadora e insolvente como él, todo lo más un traje como es debido.

Por otra parte, su italiano flaquea de vez en cuando. Incluso en las cartas. A propósito, tiene que escribir a Carlo, ansioso sin duda por recibir noticias de él y proseguir su diálogo. Solo desea hablar con Carlo. De seguro que ya están en viaje, en alguna otra nave que sigue su estela, cartas de Carlo, extensas y amplias y llenas de tantas cosas.

Sin embargo, también Enrico le ha escrito. El tres de diciembre el *Columbia* hizo escala en Almería. Había bajado a tierra, había comprado papel de cartas y se había metido en el primer café cercano al puerto. Allí había permanecido mirando la hoja en blanco, delante de un vaso de vino espeso y un poco demasiado dulce, dejando rodar la pluma sobre la mesa ligeramente inclinada y cogiéndola antes de que cayera. Quería escribir acerca de su viaje, de lo bueno y lo malo de partir, de aquel indigno y peligroso amor por uno mismo que hay en la nostalgia y en el deseo de volver y que, como todo amor por uno mismo, nos esclaviza. Este viaje no será una fuga, partir es morir un poco, también vivir, ser, estarse quieto. Serán los miedos, las ambiciones, las metas que hay que ahuyentar y desvanecer.

Había jugueteado con la pluma, había bebido otro vaso y se había desabrochado un botón de la camisa. En el fondo, el servicio militar le resultaba insoportable por el cuello apretado del uniforme y aún más por las botas, él siempre que podía se paseaba descalzo, y tampoco le atraía la idea de hacer la cama todas las mañanas. Por todo lo demás no se considera enemigo del ejército. El orden es necesario, aunque personalmente no le guste ni se sienta capaz, pero el mundo lo precisa, y también aquel café de Almería, con sus marineros ruidosos y turbulentos. También Schopenhauer -su retrato cejijunto y sarcástico estaba apoyado contra los libros, en la buhardilla- había demolido para siempre cualquier voluntad de vida y de poder, pero le alegraba que existieran el ejército y la policía para mantener en su sitio a la canalla. Sin embargo, jamás había tenido el valor de hablar de esto con Carlo, había preferido mantener una postura más bien vaga.

En la mesa de aquel café había seguido doblando las puntas del papel de cartas, hasta que finalmente, basta, había arrojado aquella hoja, comprado una tarjeta postal y escrito las dos líneas en caracteres un poco mayores de lo habitual. «Querido Carlo, estoy rodeado de tal confusión etc., y de eso hace ya ocho días, que no puedo escribirte otra cosa que el saludo cordial que te envío. Tuyo affmo. Enrico.»

Escribirá más cuando haya mayor tranquilidad a su alrededor, menos gente que suba y baje por el puente durante los largos mediodías de alta mar, menos cosas que cambien a cada momento; con el paso de las horas, mientras contempla el mar, hasta la mutación de los colores le parece excesivamente entrometida.

Una ola más alta que las demás golpea la nave, su espuma amarillenta reluce en el haz de luz del ojo de buey. En Pirano y en Salvore, pocos meses antes, cuando regresaban a barlovento y no soltaban la escota con suficiente rapidez, las olas, mucho más pequeñas, acababan fácilmente dentro de la barca. En la playa, Paula y Fulvia reían cada vez que ellos se veían en apuros o cuando Nino, cansado de encontrarlo siempre sentado en la borda mirando a lo lejos

mientras los demás tomaban el baño, lo arrojaba al agua y él se veía obligado a nadar y nadaba mejor que los demás, más decidido y seguro al cortar la ola que se le echaba encima o al zambullirse debajo. En aquel azul violeta, cada vez más denso a medida que se bajaba, las cosas se dilataban en la fijeza, los colores de las algas, de la piedra y de un pez que viraba lentamente y desaparecía entre las plantas eran el resplandor de la paz.

También Paula se zambullía con él y en el fondo le daba la mano, los cabellos y los ojos oscuros como las praderas submarinas, los mismos ojos y los mismos cabellos que Carlo. Allá abajo el parecido entre el hermano y la hermana era aún más notorio. Paula sonreía dulce e irónica, sonrisa inmutable en la velada inmovilidad subacuática, hacía un movimiento con el pie, que resplandecía blanco como un pez, y subía. La veía desaparecer; ascender era doloroso, hasta los oídos le dolían.

Carlo estaba a menudo en casa, en la casa próxima a la orilla, escuchaba a Argia, que tocaba el piano. Es posible que también se hubiera enamorado de Argia porque llevaba aquel nombre que significaba paz, la libre paz que se consigue una vez que cualquier ansia de hacer y de pedir desaparece. A través de la energía a la argia, había escrito Carlo debajo del retrato de Schopenhauer; la paz del ser, del mar, tal vez incluso una inercia mayor, la definitiva, piensa Enrico por un instante, pero está equivocado, esa idea es indigna de Carlo, tan entero y vivo en cada instante, porque no pide ser, como un mendigo, sino que simplemente es, como un rey.

Tres días en Pirano, en la playa contemplando las olas o en barca hasta Salvore, en la punta de Istria, delante del faro blanco y de las rocas blancas, echado con la cabeza fuera de la borda casi a ras de agua. Lo bajo es bueno, levantarse es presuntuoso, la vanidad de quien se pone de puntillas para hacerse notar. La barca, inclinada, corría por sí sola, el rostro rozaba el mar como un pez que salta sobre el agua, él estaba tendido de bruces pero Paula, de espaldas, asomaba detrás de la cabeza, los cabellos muy cerca de su rostro, oscuros, negros en el viento. El azul temblaba detrás de aquellos cabellos negros, y más atrás todavía la faja de tierra roja, el verde tierno y oscuro de pinos y cipreses; el vientre de una gaviota resplandecía marfil verde mientras caía hasta rozar el agua, un olivo abría al cielo un sexo violento e inocente, la barca ya había doblado la punta y aparecía el faro blanco. El olor del olivo ya se había perdido en el mar, la barca, suspendida en el mediodía, deslizándose ligera y sin meta, desaparecía en su reverbero.

En aquellos días inmóviles y breves Enrico había visto los hilos de su necesidad, la moneda de su vida arrojada a lo alto, dando vueltas, brillando por un instante. Cuando Argia no estaba en la playa, estaba

en casa, tocando el piano para Carlo. Tocaba Beethoven, el abismo entre el yo y el destino y la trágica alegría de permanecer en ese punto que aniquila el tiempo y por tanto también la pobre vida, que corre y no es.

Ellos mientras tanto estaban fuera en la orilla, riendo o callados sin hacer nada. Nino asaba los pescados y Fulvia hacía botar la pelota contra los escollos, y cuando estaba cansada le daba una patada con su pie moreno y delicado y la lanzaba en dirección a las olas, que la devolvían a la orilla. Fulviargiaula, así firmaban a veces las tres muchachas las postales, eran una sola cosa, del mismo modo que él y Carlo y Nino; Fulvia los salpicaba entre risas, Argia, con el rostro sombreado bajo el ala del sombrero, contemplaba una gaviota, Paula le sonreía con los ojos oscuros de Carlo sirviéndole el café, una pierna suelta jugaba con el agua.

Juntos habían leído a Ibsen, Peer Gynt que pierde pedazos de sí mismo a lo largo del camino pero que existe por entero en el corazón de Solvejg; puede que también él, Enrico, solo existiese en Fulviargiaula y en Carlo y en Nino, es posible que hubiera caído del *Columbia* sin darse cuenta y se hubiese perdido en la noche del mar, pero no importa, está ahí. Muchas veces se bañaban de noche, incluso sin luna. Paula se deslizaba en el agua ligera como una hoja y lo arrastraba cogiéndolo de la mano, otras veces era Fulvia o Nino o Carlo, enjutos y claros como una ráfaga de alegría.

Enrico nunca ha sido tan feliz como en aquellos días, cuando veía que Carlo era feliz, en aquel mar inexplicable pero también familiar, diferente del océano que rodea ahora al *Columbia*. Ese es el Mare Tenebrarum, la nada informe y amarga en la que no sucede nada. Ulises y los Argonautas viajan por el Mediterráneo y el Adriático, más allá de las columnas de Hércules las historias solo acaban, caen fuera del mundo. En el instituto, Nussbaumer les había hecho leer a Apolonio de Rodas y algunas disertaciones sobre el controvertido recorrido de Jasón y sus compañeros; incluso una del viejo Carli, *Della spedizione degli argonauti in Colco libri quattro*, 1745, empeñada en refutar la hipótesis de que Jasón hubiera pasado por el Adriático, por Cherso y Lussino, por el mar istriano, por aquellos lugares de toda odisea y toda argonáutica, de persuasión.

En las naves que rompen el océano gris como escolleras del olvido no hay sitio para Fulviargiaula. Es posible que unos años antes tal vez lo hubiera, por lo menos según el nostromo del *Columbia*, un tal Vidulich, con el que Enrico juega a *préférence* alguna noche en la que el infinito que los rodea y el crepúsculo que se prolonga sin caer ni siquiera a él le parecen demasiado inertes y vacíos.

Esto no es cabo de Hornos o de Buena Esperanza, dice Vidulich barajando las cartas, todo trolas, deja que lo cuente uno que pasa el

cabo de Hornos como quien cruza la esquina, pero hay que ver en el Quarnero, allí sí que hizo falta Dios y la madre. Con barcas más pequeñas, de acuerdo, qué más da. El comandante Petrina, por ejemplo, de Lussino, mejor dicho de Lussingrande, porque se cabreaba si decían que era de Lussinpiccolo, con su *Contessa Hilda* se tragaba a los más famosos veleros ingleses, sí, a los ingleses, para quienes el océano es como un vaso de leche. *El mar está turbio y la barca rola y tú no eres la única que hace el amor conmigo*, canturreaba cuando la nave se adentraba en el mar. Diplomado en la Náutica de Lussino, como Dios manda. De allí había salido para entrometerse como un ratón en el queso en todos los mares del mundo durante cuarenta años, y doblaba el cabo de Hornos y el cabo de Buena Esperanza tranquilo como aquellos vaporcitos que saben que, para salir de Lussinpiccolo, no hay que pasar por Boccafalsa. Al comandante Aldebrando Petrina le bastaban un par de estremecimientos a ras de agua o un batir de cabos apenas diferente en las alturas para darse cuenta de que el mar estaba a punto de enfurruñarse.

Desde el ojo de buey Enrico ve las aguas oscuras y rabiosas, olas y espuma le parecen todas lo mismo, no comprende la antífona que viene de abajo. Pero le gusta escuchar las historias de Vidulich, de cómo cruzaban con Petrina el Atlántico y hacían escala en la Ascensión, con todos aquellos enormes pájaros que se refugiaban en la selva según la nave se acercaba. O bien, en un lugar totalmente distinto, cuando pasaban ante las Scilly y el comandante les decía que procuraran no aumentar la lista de los centenares de naufragios habidos entre aquellos islotes. No entre Tresco y St. Mary's, eso es un paraíso de flores y pájaros y agua azul celeste que rompe blanca sobre la arena de granito y resplandece como polvo de oro, sino más allá, en el mar de fuera, uno de los parajes más malditos del mundo, donde había acabado también un bisabuelo o tatarabuelo de Petrina, quien cada vez se santiguaba y bebía una botella a su eterna salud. Y no zarpaba nunca sin cargar en primer lugar el armonio, yo sin el armonio no voy ni al dique, vociferaba, y si al armador o sobrecargo no le gusta, por favor, ningún problema, que se busquen otro tontolaba, que para eso hay tantos.

Enrico juega a tréboles. Es bueno en *préférence* pero le gusta más la baraja triestina o trevisana, tal vez porque la carta más alta es el as de oros, redondo y reluciente y vacío. A Petrina, repite Vidulich, le apasionaba tocar y cantar, satisfecho de haberse descartado de la justa, tocar y cantar. Sí, incluso cancioncillas, *Oh golondrina que vas por el mar deténte que quiero decirte dos palabras*, pero sobre todo Verdi y Donizetti. Pasaba el cabo de Hornos en un pandemónium de ráfagas de viento y olas enormes y murallas de agua por todas partes, por arriba o por abajo, a veces no se acababa de entender dónde estaba el

abajo y dónde el arriba. Llevaba la nave sin el menor error, caga duro y mea fuerte, no tengas miedo a la muerte, decía cuando la nave daba un bandazo, y después comenzaba a cantar entre los silbidos, los estruendos y los aullidos, traspasarán tu aura mis suspiros ardientes, se oirá en el mar que murmura el eco de mis lamentos.

Dios, qué tipo, dirigía toda aquella orquesta y aquel escándalo, bonachón con todos, incluso con los pájaros de las tormentas a los que arrojaba al vuelo restos de pescado, pero dispuesto a meter en cintura a los dos océanos que se enfrentan, si creían que podían tomarle el pelo a alguien acostumbrado desde niño a cruzar el mar entre Lussino y San Pietro in Nembi, cuando soplan a la vez la bora y la tramontana. Las puertas de todos los locales del hemisferio meridional seguían abiertas hasta las cinco de la mañana, cuando él desembarcaba. No había otro como él para poner un café patas arriba.

A Carlo le habría gustado esa voz en la tormenta, que recomenzaba siempre desde el principio y repetía el aria sin preocuparse de que acabara el mal tiempo; cantar por cantar, sin más, como en Pirano y en Salvore. Incluso en el *Columbia* podrían estar todos juntos con el comandante Petrina y pasar la vida mar arriba mar abajo sin bajar a tierra, traspasarán tu aura mis suspiros ardientes.

Pero el comandante Petrina murió en 1906. Vidulich recuerda perfectamente aquel día. Acababa de atravesar los tres océanos, el Atlántico, el Índico y el Pacífico, de Trieste a Chile como si fuese un paseo. Un zambombazo lo derribó del puente de improviso y adiós muy buenas, saltó el tapón de la botella y el vino salió espumeante sin más historias. Antes o después todos nos vamos a criar malvas, incluso él. Morir es preciso, morir con urgencia, enseñar el culo sin vergüenza. Fue sepultado en Chile, en Iquique, más o menos en la periferia de Lussingrande. Lástima que no haya podido ver su funeral, le habría gustado, bonito y apañado como fue, todos emocionados; le encantaban los funerales, entre otras cosas porque después se acababa en algún cafetucho tomando unos tragos.

Demasiado tarde, esa voz se ha apagado, aunque debe de seguir en alguna parte, como una ventolera dispersa, porque las cosas son. *Nil de nilo fit et nil in nilum abit*, escribió Enrico en su cuaderno. De todos modos nunca le ha gustado el melodrama, es empalagoso y sobre todo chillan demasiado; a él le gustan Beethoven, Schubert, los *lieder* en los que las cosas más próximas, una flor en un vaso y el árbol que hay junto a casa, se vuelven tan lejanas. O bien, si queremos ponernos sentimentales durante cinco minutos, también *La paloma, una paloma blanca como la nieve*,[1] no, puede que diga una paloma blanca del color de mar, es lo mismo, un mar todo blanco y reluciente de espuma, el mar y la nieve son iguales por doquier. Ojalá todas las cosas fueran iguales, como cuando desde la nave miras a tu alrededor y en todas

partes el escenario es el mismo. También a Maximiliano de México le gustaba *La Paloma*.

En cualquier caso esa voz no existe y es una pena, aunque cada cosa de menos nos vuelva un poco más ligeros. En la nave somos ligeros, se tienen pocas cosas y no es necesario trasladarlas continuamente de un lado a otro como en el tren; el viaje en segunda no es un lujo, pero esa imposibilidad de hacer nada, ese ocio que arrastra las horas y deja que se pierdan es cosa de señores. Apenas tenga un poco de tiempo escribirá a Carlo y a los demás. Enviará todas las cartas juntas a Peternel; Josip es un amigo fiel, él se ocupará de repartirlas, y de esa forma se ahorra también dinero y esfuerzo.

Los días se amontonan, se confunden y se borran. A veces se queda largo rato contemplando la estela, en estas aguas agitadas se pierde antes que en el Adriático. Alguna partida con Vidulich, también con Gigetto, un comerciante que viaja en primera clase. Enrico lo conoce un poco de Gorizia. Es uno que no para de viajar por el mundo, especialmente por África, comercia no se sabe muy bien con qué con los bereberes y cruza el monte Atlas como si fuera el Collio; no debe de pasárselo mal. Vidulich le pregunta si es verdad que un mercader de la Kabilia le ha regalado una esclava de catorce años. Me la quedé por compasión, como una hija, contesta Gigetto, es un tipo guapo y muy decente, después cambia de tema y habla de cuando se hizo arrastrar, en una bahía de Madagascar, por un buque de guerra austríaco en el que servía entonces su primo Francesco, quien no pensaba más que en las matemáticas y en la filosofía y había intentado explicarle su cálculo conceptual, mirándolo con sus ojos absortos en otro mundo. Cuando comienza a atardecer, Vidulich invita a beber a Enrico pero Enrico apenas bebe, en la oscuridad las palabras son cada vez más escasas, se hunden como estrellas fugaces.

El barco hace una escala de día y medio en Las Palmas. Enrico baja a tierra, aunque preferiría quedarse a bordo, contemplando la ciudad sentado en el puente. Pero después le gusta pasear por las callejas y las tiendas, oír las voces españolas y ver aquellas caras de terracota, mezclas diversas de las de la periferia del imperio danubiano, más ínfimas y nobles, que llevan con indiferencia la herencia de estirpes en conflicto. Si no hubiese llegado toda esa gente, si solo estuvieran los guanches, elevada estatura, piel clara y pelirrojos, tal vez se quedaría aquí, en el jardín de las Hespérides, tumbado a la sombra de un árbol y arrancando de vez en cuando una manzana dorada, dejando que el sol desapareciera en un occidente ulterior.

Baja a la orilla entre los escollos rojizos, descalzo y con los pantalones arremangados por encima de la rodilla; de tanto en tanto una ola lo moja por completo, es agradable notar sobre la piel la camisa que se seca en el viento cálido. La playa es negra, guijarros y

arena de carbón; esa oscuridad reluce en la resaca. Dignidad de cualquier tiniebla, Plomero dice que el océano tiene las aguas negras. En otro lugar la playa es, por el contrario, roja, una tarde prolongada y coagulada. Enrico entra en las pequeñas grutas sobre el mar, arranca las conchas pegadas a las grietas de los escollos. Los minúsculos crustáceos se esparcen sobre la piedra como un sarpullido, cangrejos amarilloverdosos escapan al fondo. Un crepitar de alas en la oscuridad. La ola llega prolongada y fuerte. En alta mar es de un azul metálico, en la caverna irrumpe oscura, tinta que golpea en el tintero.

En las grutas guardaban los guanches a sus vírgenes sagradas destinadas al rey, las veneraban y las engordaban hasta ponerlas tiernas y macizas, una imperiosa opulencia que derretía al soberano. Tampoco a Enrico le disgusta meterse en ensenadas vastas y accesibles, cualquier cuerpo enseña la humildad y él no se hace el melindroso. El amor, por lo menos aquel que él despacha mientras lo disfruta y lo olvida, es una sabrosa rebanada de pan, todas son iguales, todas tienen algún defectillo pero son buenas, como la muchacha mallorquina de ayer, a la que conoció nada más bajar de la nave, en un café, y lo llevó a una casa de paredes desconchadas, pero con hermosas flores azules de jacarandá en las ventanas y un patio seudoclásico. En Pirano, la habitación de las tres amigas, contigua a la suya, estaba más lejos que aquella casa con las pequeñas columnas, en la que no volverá a poner los pies.

La muchacha también estaría libre hoy, pero al cabo de media hora Enrico ya no sabría qué hacer con ella; busca una excusa amable y se despide. Pasea a lo largo de las orillas, quién sabe dónde los dos guanches, como pretende la tradición, habían encontrado hace siglos una Virgen de madera traída por el mar, la habían colocado en una gruta donde había sido venerada por un tiempo inmemorial, hasta que el mar, una noche de tormenta, la había recuperado. Algunos decían que no era la Virgen, sino el mascarón de proa de una nave corsaria, el busto de una mujer que un pirata había raptado y que se había arrojado al mar para escapar de él. Entonces él había hecho esculpir un mascarón que se le parecía, un rostro remoto, dulce pero inamovible. Cuando el velero fue hundido en una batalla, el pirata lo hizo arrojar al mar, para que no se fuera a pique con la nave. Las olas lo habían llevado a tierra pero él, pasados los siglos, había sentido nostalgia de las grandes aguas abiertas y las había llamado para que vinieran a recogerlo. Otros decían en cambio que era exactamente la Virgen, estrella del mar, y que se había ido al ver, después de siglos de oraciones y devoción, que la gente era peor que antes y de ese modo había vuelto a alta mar, junto a los peces que pecan menos que los hombres.

Estas historias son un poco demasiado católicas, es más interesante

la hipótesis de que esas islas sean un trozo de la Atlántida. Enrico se detiene ante un drago viejísimo, quizá más antiguo que el culto a María. El árbol sube pero sobre todo se ensancha y expande, las ramas laterales se extienden metros y metros, de un momento a otro caerá por un exceso de energía. Cuidado con dilatarse en el mundo. Su instituto austríaco le ha enseñado que conviene encogerse, reducirse. Lo ha aprendido de una vez por todas y no solo gracias a aquel profesor que prefería descender en lugar de ascender, profesor de filosofía, de amor a la sabiduría. En ese tronco y en sus ramas la madera se agrieta, cortes oblicuos lo estrían con arrugas, le asoman barbas venerables y cejas espesas, protuberancias obscenas y manos callosas, se le abren heridas; ojos estrábicos ríen, montañas se derrumban y siguen creciendo, profundas quebradas corren por sus valles, mana saliva de una larga hendidura desvergonzada, gemas y ramas húmedas desgarran cortezas decrépitas.

Con su sombrero en la cabeza y la camisa fuera de los pantalones en el tibio septiembre, Enrico contempla a aquel Sileno que se tambalea bajo su vitalidad y aguarda a que aquella rama apergaminada y excesivamente crecida caiga con estrépito. Las ramas son podadas, la proliferación es un bubón retórico que debe ser sajado y desinfectado. Formarse por reducción. En la escuela el profesor Richard von Schubert-Soldern, alto y delgado, hablaba, mientras movía entre los dedos un lápiz amarillo, sin mirar a nadie, solo al gris de las paredes; jamás había querido contar a nadie por qué había renunciado a la cátedra de filosofía teorética en la Universidad de Leipzig para ir primero a hacer una suplencia en Maribor y luego al instituto de Gorizia, como profesor de historia, geografía y filosofía.

Este es el camino, no la tumescencia tropical del árbol. Pretender vivir, dice Ibsen, es de megalómanos. También Buda entró en la auténtica vida cuando dejó de desear, cuando secó las indecentes linfas que bañan, desbordan, inflan el corazón y las glándulas. Sin embargo la sonrisa de Carlo es un agua fresca y clara, la persuasión debería ser beber esa agua, como Carlo bajo el chorro de la fuente en el patio de la escuela, sin sed, pero sin saciedad. Dejar correr esa agua, no cerrar la fuente. Él querría ahora, por el contrario, secar ese drago, aridecer sus venas. Tampoco a Carlo le gustaría esa prosopopeya lujuriosa, pero lo suyo no sería diferente, no sabe muy bien cómo, pero en fin, otra cosa.

Delante de ese árbol, Enrico parece entender el porqué de la famosa decisión de Schubert-Soldern, que había asombrado a todos y desalentado las explicaciones más obvias. Cuando se lo preguntaban directamente, Schubert-Soldern respondía con amabilidad, aludiendo a vagos e incongruentes motivos de salud. A veces explicaba en clase su solipsismo gnoseológico, depositado en amplios volúmenes en

alguna biblioteca, según el cual la única realidad cognoscible es el conocimiento del que conoce, y lo diferenciaba puntillosamente del solipsismo práctico que ciertos colegas, tendenciosamente, le atribuían. No debía turbarlo el hecho de que el auditorio que tenía enfrente no le entendiera ni se esforzase en entenderle, porque sostenía que la vida está regulada por el malentendido recíproco.

Sin duda también ahora, en Gorizia, el profesor Schubert-Soldern pasea, como siempre después de clase, a lo largo del Isonzo, mira un poco el río y se dirige después a aquella pastelería de la calle Municipio donde compra dos pastas para su mujer. Disminuir, reducirse, la civilización, como la jardinería, es el arte de podar. Enrico no ama realmente la civilización, no ha querido ser soldado entre otras cosas porque les rapan la cabeza, y a él le gusta ir por el mundo como le da la gana. Algo no encaja, ¿dónde hay que ir para ser como Schubert-Soldern, a Gorizia o a la Patagonia, dónde no suceden las cosas? Es mejor regresar a la nave, a su zumbido uniforme, que ayuda a pensar. Escribirá a Carlo, también a Nino y a Paula, hablará de esta tarde en Las Palmas, oirá qué piensan de ella.

Se tumba satisfecho en la litera para contemplar el techo y esperar la sirena de la partida, la llegada del sueño. El *Columbia* se desliza entre altas y encrespadas olas, el sol sale y los astros desaparecen, la estela no acaba nunca de borrarse, el sextante establece el punto en que se encuentra la nave mientras sigue alejándose del caos originario, en las dos o tres escalas la llegada y la partida se confunden.

La primera carta, naturalmente a Carlo, Enrico la escribe desde Neuquén, un pueblo reseco que mira hacia los Andes, sobre el río Negro, en los límites de la Patagonia. «Solo para saludarte y rogarte que des recuerdos míos a los Tuyos. Te estrecha la mano, Enrico.»

II

De la Patagonia poco hay que decir, no se va a escuchar el viento entre los zarzales solo por el gusto de contar cosas, quién sabe cuáles, por otra parte. Al menos no Enrico. Contar, pasear a la gente igual que un cicerone para admirar las maravillas o incluso solo las curiosidades de la propia vida, por favor. De todos modos nadie te escucha o entiende, solo caras extrañas como en aquel tren en Bolonia; qué importa que solo las haya soñado, tan duras y ausentes, como si las que ha visto cuando se ha despertado en el vagón fuesen más vivas.

Nada de chácharas, fuera los poetas de la república, incluso de la cabaña levantada solo para una noche, esos cortesanos que adulan la realidad y cortejan sus propias miserias, tan orgullosos de su almita y de ponerla en verso, anda, corre, gira, dile, yo sí que me sé lo que me sé eh, unos guiñan el ojo, pillines, y los otros boquiabiertos, imaginándose que entienden. Leopardi es otra cosa, se ha liberado de cualquier amor por sí mismo e incluso del tormento por la propia desdicha. En las pampas y luego en la Patagonia Enrico contempla la luna, pastor errante que no necesita hacer preguntas; la luna es blanca y resquebrajada, un pedazo de cal. También Carlo arroja el lastre, nada de chismes que marean con todas esas historias e intrigas y supercherías y desgracias y enredos; en sus poemas solo hay mar abierto sin orillas y sin naves, ninguna Afrodita que salga de una concha, no estamos en el circo.

Durante cierto tiempo Enrico se ha debatido con la idea de hacer de maestro en la Dante Alighieri de Bahía Blanca. Había uno de Finale Ligure, un rico comerciante de vinos que antes había hecho de panadero y de fabricante de ladrillos, que se empeñaba en convencerlo. Le había puesto la cabeza como un bombo, los italianos de Argentina debían estar unidos, con el feo ambiente que se avecinaba; todo envidia porque sabían trabajar, también él, modestia aparte. Esta canción duraba desde hacía años, paciencia con las pintadas Viva Menelik, pero las bandas de Acuña, en Cañada de Gómez, eran auténticos delincuentes, vaya ingratos después de todo lo que habían hecho los italianos de la Legión Valiente por la libertad del país. Había que organizarse y unirse. La mejor, la única, era la Dante

Alighieri, le había dicho, laica y patriótica; los masones, además, han creado Italia, y no esos santurrones y chupacirios de la Asociación para la ayuda de los misioneros católicos.

Pero Enrico apenas entendía de todo eso. El rey masón le interesaba tan poco como el emperador apostólico al que se había negado a servir, quería tener tan poco que ver con los anarquistas que escapaban allí de las cárceles italianas como con los salesianos que llegaban a San Nicolás de los Arroyos. Antes había ido a la Cordillera con el encargo de llevar caballos para los ingenieros que construían una vía férrea. Para él tenía dos caballos, dos animales de primera calidad que no dejaban escapar al guanaco ni a la avestruz. Después se había juntado con dos alemanes y había comprado un millar de ovejas y centenares de bovinos y equinos que llevaba de una estación a otra, seiscientos kilómetros arriba y abajo; en parte los compraba y vendía por cuenta propia y en parte por cuenta de terceros. También se había asociado con un primo suyo que vivía allí, pero la historia había terminado mal. Qué más da, es inútil lamentarse, había escrito a Nino, de lo que por el carácter de las cosas y de las personas debe ocurrir.

Seppenhofer, un compañero de clase que también se había ido, al cabo de unos meses no lo pudo soportar y regresó. Está bien, no hay que quejarse, cualquier deseo destruye al verdadero ser y hay que liberarse de la vana fe en el yo. La muerte, solo mata a esta, es decir a nadie, partir es morir un poco, o sea nada. En el cuaderno azul Enrico ha copiado a lápiz una frase escrita cuando tenía dieciséis años, *Die Freiheit ist im Nichts*, la libertad está en la nada. Imaginémoslo haciendo de maestro, cualquier saber es retórica, y enseñarlo aún peor.

Ahora en cambio monta todo el día a caballo, no enseña nada a nadie, grita solo de vez en cuando a las bestias para que no se dispersen, animales fuertes de lomos oscuros y tibios que en las llanuras infinitas olean como un mar, las grupas suben y bajan en una única respiración, un aliento jadeante y materno, y él en medio de ellos, a caballo, perdido en el resplandor de la tarde que se apaga lenta e inextinguible. El sol se sume rojo y cálido en la sombra oscura de aquellos lomos, la húmeda tibieza que percibe al apoyar la mano en los costados de las bestias que pasan a su lado es buena; la oscuridad resbala del cielo, una sutil serpiente negra que engulle las nubes y después también el sol y el cielo, engorda y se dilata como una pitón y se enrosca en una mancha de tinieblas que lo borra todo a excepción de los ojos de alguna vaca que brillan mansos. Baja del caballo, se echa al suelo envuelto en una manta y se duerme en seguida.

Le gusta montar a caballo. Cuando su bota toca el vientre sudado del animal, por un instante no acaba de saber dónde termina su

cuerpo; también el centauro Quirón era un ilustrado y hablaba su misma lengua predilecta. Ya en Gorizia, siempre que podía, montaba a caballo, y gracias a los caballos había comenzado su aventurilla con Carla, tan guapa con aquel rostro impetuoso vuelto hacia arriba, los ojos tan azules debajo de los cabellos castaños. Carla es prima suya, prima segunda. También se le parece, con aquellos ojos azules, puede que demasiado, aunque solo en los ojos; sueña praderas y cabalgadas al viento, confía en ir a verlo o en que él vuelva, comoquiera que sea, aguarda con la cabeza alta la verdadera vida, que cualquier espera destruye.

Enrico, por su parte, se siente bien cuando, después de horas y horas de andar a caballo, lo invade el sueño. Entonces apoya la cabeza en las crines, se ata con las riendas alrededor del cuello del animal y sigue cabalgando medio adormilado, los ojos entornados, vigilando justo lo necesario pero así, distraídamente, los pensamientos hundidos en aguas muelles y oscuras, en el fondo, en el crujido amortiguado de hierbas y algas, cuna de largos cabellos oscuros. Cabellos castaños de Carla, cabellos negros de Paula, Fulviargiaula, tres notas de timbal resuenan bajo el agua amortiguadas en un sollozo submarino. Los ojos oscuros y encendidos de Paula, mar fosforescente de las noches de agosto. Las cosas no están ni bien ni mal, Carlo, pero pagan el tributo de esta indiferencia. Un sordo chasquido submarino cae, adiós Carlo, me gustaría verte cuando me despierte.

La correspondencia, tanto por la distancia como por las inseguras listas de correos, es escasa, algunas cartas mandadas a la farmacia Verzegnassi de Buenos Aires han sido devueltas. Ha llegado también un giro de su madre, sin ninguna palabra. Enrico lo ha devuelto a Gorizia, sin respuesta. Le ha escrito Carlo, dice que se siente menos desgraciado ante la idea de tener pronto noticias suyas. Enrico relee esa página: «Esperamos de ti el más importante incremento de nuestra realidad.» Deja a un lado la carta, se contempla los pies apoyados en un madero próximo al fuego, esta vez se ha puesto calcetines, porque hace frío. Cerca de allí un ternero con el hocico pegado al suelo lo mira obtusamente. Pastar, rumiar, reventar, es un alivio aligerar la carga. Él sirve para reducir las cosas, no para incrementarlas; por qué le piden algo para lo que no está hecho. Se levanta y da dos pasos, sin reparar en las bestias, que se alejan inquietas.

Unos pocos meses después de su respuesta, Carlo se lamenta de una cierta reticencia suya que no alcanza a entender, y que atribuye a las penas y dificultades de Rico, tan lejos allí abajo, mientras Enrico allí abajo, aquí abajo, está bien y no añora nada. Sí, el corazón se ha quedado en Gorizia, donde está Carlo, pero se vive perfectamente sin el corazón, como con una pierna o una mano de madera; basta con hacer un poco de ejercicio y al cabo de un tiempo uno monta de

nuevo a la silla sin dificultad, solo que es difícil explicarlo.

Las palabras de Carlo llegan grandes y perentorias, llueven como flechas en el vacío. «Inevitablemente hemos sido atraídos por ti a la vida gris… hemos sabido qué es una conciencia segura y digna… los hombres y las cosas del mundo se han determinado respecto a ti… tú, Rico, alguien que tiene una fuerza superior en sí, como un santo, que acuciado por las necesidades de la vida o de la muerte permanece tranquilo y seguro… nos abrías el camino para la justa valoración de las cosas.» Veintiocho de noviembre, mientras él se iba. ¿Un santo en la Patagonia? Enrico aparta los ojos del papel, por el cielo pasa una nube grande y espesa, le parece su cuerpo que flota allí arriba y escapa por su cuenta. Semiechado en el suelo, es una forma vacía, la huella de algo que le ha sido arrancado.

Es a él a quien Carlo ha escrito esas palabras y no al contrario, como sería justo. El corazón se le encoge o se le hincha. Entiende muy poco sobre estas metáforas cardíacas, sin embargo en algún lugar algo tiembla. Pero no es justo. Haber ido a la escuela juntos es mucho pero no todo; uno se llama Carlo el otro Enrico, es posible que si aquella vez él no le hubiera enseñado el hilo de agua que bajaba por la roca, Carlo no hubiera escrito aquella página sobre la vida que corre y se pierde, pero después no puede pretenderse que uno siga siendo siempre quién sabe quién. Hasta Nino, cuando dan un buen paseo por los bosques, tiene cada vez la manía de llegar hasta la cima, mientras Enrico prefiere tumbarse en el suelo y contemplar las margaritas, que se ponen así de altas y grandes.

Veintinueve de junio de 1910: tú, Rico, «decidido en todas tus posibilidades, vive así, que nada en tu vida pueda encontrarte insuficiente, y a través de todos los peligros deba volverse espontáneamente hacia ti. Porque tú no pides nada. Y como no te das cuenta del tiempo porque eres libre a cada instante, así en cada una de tus palabras esa voz que viene de la vida libre…». No, Enrico no pide nada, ni siquiera pregunta por qué y cómo le ha sido dado todo, esa carta por ejemplo, que incluso tal vez sea demasiado.

Por fortuna a caballo se olvida del miedo, queda ese impulso que colorea las mejillas. De vez en cuando, al cabo de horas y horas, tiene sed; entonces enlaza algún caballo salvaje, después afloja la cuerda y lo sigue, porque el animal sabe dónde está el agua y le lleva a unos pequeños manantiales entre las piedras, hilos de óxido, silenciosos y fríos. A veces, para la sed, tiene en cambio que matar un caballo y beber su sangre.

Se ha desplazado un poco al sur, hacia San Carlos de Bariloche, pasa el día entero sobre la silla, atento a que los rebaños no se desbanden y se pierdan. Tan pronto pueda, construirá una gran cerca, así no tendrá que preocuparse de que las bestias escapen, ni tendrá

que levantarse antes del alba, cuando aún no han comenzado a moverse, con ese frío y ese viento que viene de los hielos lejanos y se nota que ha pasado por pocas cosas vivas. Pero hacer llegar la madera y construir la cerca cuesta, y ahora no tiene ese dinero, hay que ser paciente, esperar.

De vez en cuando pasa alguna caravana; Enrico vende un animal y compra un poco de tabaco, arroz, galletas y café. Con las caravanas a veces viajan mujeres, bajan al sur y suben al norte en busca de gente como él. Por el precio de un caballo, o de una ternera, se duerme con ellas hasta tres días, y si la caravana ha de seguir su ruta, una hora, y también está bien.

Caderas robustas, buenas cabalgaduras que saben soportar pesos considerables y que cuando les da por ahí tienen caprichos extravagantes que uno no esperaría. Al pensar en ellas, Enrico no consigue reconstruir ninguna imagen precisa, no sabe qué cara va unida a aquel pecho exagerado o a aquel trasero descomunal. Había una que, inmediatamente después, sacaba de debajo de la manta, que también le servía de abrigo, una hogaza de pan de maíz, un trozo de tocino y se ponía a comer mientras él seguía acariciándole la espalda, porque le parecía amable acabar poco a poco y no así de golpe.

Pasa también, aunque raramente, alguna india. Esos rostros acerbos y cerrados le excitan; eso le da un poco de vergüenza, se trata más de una manía de chiquillos que de una cosa serena de hombres. La mujer se revuelve como una serpiente y dice palabras incomprensibles. Con las otras uno se entiende y las soporta, son serviciales y tolerantes y no pretenden que un pobre diablo las deje satisfechas; pero las indias son inaccesibles, puede que disfruten ahí debajo, pero no te hacen ni caso, no existes para esas indias, es como si no estuvieras, no eres más que una molinillo que trabaja por su cuenta.

Pero ocurre rara vez, pasa muy poca gente. Admira a las indias cuando paren a los hijos sin tantas historias. Apenas lo han parido se ponen de pie y, si es invierno, van a romper el torrente helado para lavarse y lavar al recién nacido. Si el niño es fuerte el hielo no le hace daño y si muere quiere decir que no era apto para vivir; a Enrico le tiene sin cuidado, entre otras cosas porque nunca ha podido soportar a los niños, no digamos cuando lloran. Respeta a los indios, también ellos se respetan entre sí y no hacen daño inútilmente, ni a hombres ni a animales, solo cuando es necesario. Descarnan la vida hasta el hueso como una pata de guanaco, también el profesor Schubert-Soldern, a su manera, es un indio. A veces cagan como los caballos, de pie, caminando desnudos y veloces por la pradera con absoluta indiferencia.

Se ha construido una cabaña solo para dormir en una cama hecha

con una tabla; cuando tiene hambre mata una oveja o dispara contra un conejo silvestre. Tiene buena puntería, en general es hábil y preciso, tanto con los caballos como con los aoristos. Un mínimo de destreza es obligatoria, las cosas tienen derecho a ser tratadas con un poco de cuidado, hay que coger la flor sin romperla. Para asar un pedazo de carne basta con dos piedras y algún leño. Cuando hace meses que las caravanas no pasan y le falta sal, mastica esa carne insípida sin estropearla con el deseo de la sal que no tiene.

También la leche es buena, la bebe caliente del cubo todavía debajo de la vaca; se quita el sombrero y lo aplasta para convertirlo en una taza, lo mete en el cubo y bebe, siempre es mejor que hacerlo con las manos. No hay necesidad de cerrar la cabaña, basta acercar una piedra a la puerta, justo para que no entre la lluvia o algún animal. De la Cordillera a la costa se oye hablar de bandidos, Butch Cassidy, el Kid o Evans muertos y reaparecidos en tantos lugares, pero por allí no pasa casi nadie, en dos años exactamente nadie. No hay necesidad de poner un cerrojo para dos mesas, un par de mantas y cinco o seis volúmenes de clásicos en la edición de Teubner.

Enrico detesta las cerraduras tanto como las corbatas. Pero que no piensen los demás que pueden meter la mano en su zurrón, eso sí que no. Por ejemplo, la carta de Tolstói le irritó también por eso. La conserva entre las páginas de Sófocles, junto a las cartas de Carlo, aquellas cuatro hojas en alemán del gran anciano que contestó magnánimo e inapelable al desconocido muchacho goriziano. La carta, claro está, la había escrito Enrico en la buhardilla, donde juntos habían leído a Ibsen y Tolstói, dos atlantes que sostenían el mundo y habían hecho que se tambaleara, desprendiéndose implacablemente de la retórica en la que ellos, al igual que todos los demás, hundían sus raíces. Allí estaba la verdad, como en la música de Beethoven. Enrico le había escrito, cándido y temerario; quería ser tolstoiano, ingresar en la comunidad. El viejo le había contestado, áspero y grande; que viniera, pero antes debía darlo todo a los pobres, como está escrito en el Evangelio.

Fácil para él, regalar los bienes de su mujer. No, Enrico no se tragaba eso, mejor Schopenhauer, que estaba atento a la bolsa y a la mesa. También a Enrico le gusta no tener nada, desnudarse en la ribera del Isonzo, quitarse la ropa y arrojarse al agua. Pero ¿por qué tenía que llegar alguien, coger aquellos trapos y llevárselos, y encima ser felicitado por ello? Una auténtica fanfarronada, como su tío Guiseppe, que había regalado el caserón de Gradisca y después pretendía vivir a costa de los hermanos.

No, no soporta a gente como los socialistas o los cristianos de las catacumbas. El monje budista descalzo y con la escudilla de acuerdo, es muy agradable estar con los pies descalzos, pero esas comunidades

con el corazón en la mano deben de ser insoportables, a cuál de sus miembros más entrometido y rompecojones, seguro que también son extremadamente ruidosos. La sola idea de estar juntos, apretujados y dispuestos a meter las narices en los asuntos ajenos le parece horrible. Menos mal que lo ha visto a tiempo y ahora está en la Patagonia y no en Yasnaya Poliana después de haber beneficiado a algún vago redomado.

Un bello gesto, claro, una ostentación. Pero ese otro gesto, escribir a un muchacho descarado, es grande, tal vez se trata de la misma grandeza que el viejo pretendía de él. Vende todo lo que tienes y el dinero que saques dáselo a los pobres, ¿es esta la vida verdadera? Pero ¿por qué todos le exigen cosas imposibles? Mejor Ibsen, que no tenía megalomanías. Por otra parte, a Enrico le tiene sin cuidado lo que pasa en Gorizia con los molinos de su padre, ni siquiera sabe a cuánto sube su parte de la herencia y con qué dinero cuenta la familia.

De vez en cuando los caballos enferman de una fiebre maligna que les ataca los pulmones. Él sabe qué hacer. Con un cuchillo abre la vena en el punto exacto y practica una buena sangría, después hace que beban hasta atiborrarlos, los emborracha con ginebra y, si no basta, con whisky que ha comprado a un galés. El hocico de las bestias bizquea más o menos y en general sanan en pocos días. Una vez se encuentra ante un puma, el caballo enloquece, él, rabioso, lo azota e incluso lo muerde, el animal le derriba, le pisotea; durante meses orina sangre, hasta que los indios le dan a beber unas cortezas hervidas y se le pasa.

Va también a Bahía Blanca para la gran feria del ganado. Los rebaños, millares de bestias, llegan de todas partes, la tierra pisoteada por los cascos y enfangada como en la vendimia cuando se pisan los últimos restos de orujo. Los grandes comerciantes ya están allí esperando y pagan sumas que, vistas en su conjunto, parecen quién sabe qué.

En esos días también llegan prostitutas de todo el país, ya que durante cuarenta y ocho horas las monedas corren y rebosan en las manos de los boyeros como las moras que en el bosque de San Valentín se metían en la boca a puñados, aplastándolas y masticándolas sin cuidarse de que alguna rodara barbilla abajo. También indias y mestizas y negras con grandes pañuelos rojos, que se amontonan alrededor del caballo como las vacas en la pradera, gritan, agitan los brazos y hacen relucir ojos y dientes blancos. Cae la tarde, en el cielo se rompe una damajuana de vino y se derrama por doquier, también sobre las caras enrojecidas y excitadas.

Los ganaderos arrojan saquitos de monedas a las manos que se alzan y se abren. También Enrico lanza el suyo, no solo para apoderarse de una muchacha descalza con una larga trenza oscura,

sino por la mera felicidad que le proporciona el arrojar algo, como cuando arrojaba piedras al Isonzo para que rebotaran en el agua. A su alrededor todo son gritos, risas, mugidos, restallidos de fusta, más allá disparan fuegos artificiales, en el cielo estallan granadas y despiden gajos rojos en la noche. Gracias a esa muchacha sobre la silla se deja aturdir un poco por la fiesta, pero la confusión, gritos, luminarias y altercados no tardan en hacérsele insoportables y apenas puede regresa, con algunas jornadas de camino, a su cabaña, hace a un lado la piedra y se echa a dormir.

No cuenta los días ni las semanas, calcula el tiempo siguiendo unidades más elásticas y lábiles, la primera ráfaga de nevisca, el decoloramiento de la hierba, el período de acoplamiento del guanaco. El viento no cesa de soplar pero no tarda en aprender a distinguir sus tonalidades diversas según las horas y las estaciones, un silbido que se deshilacha o un acceso seco, como de tos. A veces es como si el viento tuviera colores, hay un viento amarillo dorado entre los arbustos, otro viento negro sobre el desnudo altiplano.

Grandes nubes pasan y desaparecen, una vaca arranca un matojo de hierba, la tierra gira pero también está quieta, una margarita vive un mes, un efémero un día, la estrella de la noche también se llama estrella de la mañana. A veces el cielo se dilata como una bola de cristal hinchado, se aleja y se desvanece.

Enrico dispara, el pato silvestre cae al suelo, en un instante el vuelo heráldico es basura arrojada por la ventana. Decididamente la ley de la gravedad es un grosero factor en la naturaleza; solo se salvan de ella las palabras, incluso las impresas de los clásicos griegos y latinos de la edición Teubner, de Leipzig.

El eco del disparo se apaga entre las piedras, Carlo se ha disparado con la pistola que él le dejó. El telón ha caído y ya no hay nada que decir -por Enrico, no por Carlo, contra el cual ese gesto momentáneo ya no puede nada, como la hemorragia cerebral ya no puede nada contra Ibsen ni la pulmonía contra Tolstói o la cicuta contra Sócrates-. Carlo es la conciencia sensible del siglo y la muerte carece de poder sobre la conjugación del verbo ser, solo sobre la de tener. Enrico tiene los rebaños, el caballo, algún libro.

Ha sabido de Carlo un año después, en septiembre de 1911; ha encontrado la noticia en Puerto Madryn, asomándose al mar después de un viaje de seiscientos cincuenta kilómetros. Es Nino quien se la ha comunicado, enviándole los poemas del último año, los escritos por Carlo después de su partida. «A diferencia de ti yo he tenido la suerte de estar cerca de él, de verlo y participar de su vida hasta el final. Pero ahora ya no hay diferencia, su muerte nos une aún más, lo suyo que yo he tenido es lo mismo que tú has adquirido de modo diferente, por ti mismo. Cómo se me aparecía la vida entonces y cómo se me

aparece ahora. Oh, sé muy bien que esto ha desaparecido para siempre, que ninguna vida, ninguna alegría podrá igualar esa que yo solo creía esperar…»

La cuerda que nos ata nos arrastra, piensa Enrico. No es Carlo quien sube y desaparece en lo alto como una golondrina en el cielo, el que ha tropezado ese diecisiete de octubre de 1910, sino él y Nino los que resbalan sobre un terreno que se desploma. En su obra maestra escrita también en la buhardilla, *La persuasión y la retórica*, Carlo dice que un peso solo puede descender y caer; ahora son las palabras de Nino, en la carta, las que empujan y pesan en los hombros de Enrico. «Carlo hablaba de ti, contemplaba tu vida como algo que solo merece estima… lo que Carlo nos ha dado tú lo haces y lo demuestras con cada acto concreto de tu vida actual y no te limitas a saberlo… los más próximos a Carlo te consideran la única persona que está a su lado.»

Enrico contempla la silla, los zapatos demasiado estrechos, las cuentas del dinero que ha ido a retirar. Lástima no haber encontrado, como en la última o penúltima lista de correos, cartas de Nino o de Peternel acusándolo de insensibilidad y reticencia, de no ser capaz más que de mofarse, reproches de los que uno puede disculparse o reírse. Hojea el *Diálogo de la salud*. Carlo lo terminó el siete de octubre, diez días antes de morir, Nino lo ha copiado en esas hojas. «Lo que ha escrito -dice Nino- es todo lo que con palabras puede decirse como nadie lo ha dicho en este mundo.» ¿No era mejor seguir simplemente juntos, discutiendo en la buhardilla, sin escribir, ni siquiera Carlo?

Ese sutil diálogo lo envuelve como el viento, pero de vez en cuando, de repente, lo abraza, lo deja sin aire. Respira profundamente, recorre las páginas, relee su nombre, Rico, escrito tantas veces. Y Carlo, en ese librito, pone en su boca la verdad, el anuncio firme y definitivo de la persuasión, y la condena del suicidio, miedo de la vida y de la muerte. En esas páginas extremas Carlo lo representa como el hombre libre a quien las cosas dicen «eres» y que goza solo porque es, sin temer ni pedir nada, ni la vida ni la muerte, plenamente vivo siempre y en todo instante, incluso en el último.

Enrico asa un trozo de pato, ve cómo se disuelve la tenue columna de humo. Por un momento es feliz, una felicidad que va y viene. Cuando desaparece, el cielo baja, turbio y pesado. Intenta leer aquellas palabras, las frases de Rico en el diálogo, sentir cómo suenan en su boca. ¿Por qué Carlo no ha optado por lo contrario, hacer anunciar a Nino la persuasión y darle a él el papel de quien escucha y recibe? Sí, se reconoce la capacidad de escapar del zumbido de la sociedad, del cotorreo de los esclavos, que se inciensan recíprocamente para dar a entender que son libres. Ni siquiera pierde

la vida en el intento de aferrarla, no destruye la sombra de su propio perfil volviéndose a mirarla, esto lo tiene bien aprendido, Carlo puede estar seguro de ello. Que el sol siga jugando con su sombra, alargándola y acortándola, o bien deformándola si le da la gana. Él dejará que se vaya por su cuenta, hasta borrarse y desaparecer cuando el sol se oculte.

Pero ¿por qué Rico y no Nino? Una luz arde en su interior, la lámpara de Carlo se ha apagado no por falta sino por exceso de aceite que se expande. Esa luz lo ilumina por dentro pero fuera se rompe, alguna línea brilla y se desvanece. El corazón late en la negrura, un pájaro deslumbrado por el sol entra en la caverna y se pierde en la oscuridad, las alas chocan en las tinieblas contra paredes cortantes.

Las páginas están en el suelo. Las cubre con una piedra para que no vuelen, quizá deberían desaparecer en el viento. Ese encargo que cae sobre él contiene un equívoco y es demasiado tarde para aclararlo; aquí sí que cuenta la muerte, carece de poder sobre la verdad pero es árbitro de todos los equívocos y malentendidos para los que no hay salida. Los hombres no están tristes porque mueren, ha dicho Carlo, sino que mueren porque están tristes.

Contempla el esbozo que Carlo ha dibujado en el diálogo, cuatro círculos que se superponen creando áreas comunes. En el círculo de la felicidad, a la izquierda, en una especie de oeste, está la intersección de la libertad, de la no-necesidad; sí, allí dentro, en aquel espacio blanco, se reconoce Enrico. Pero el arco que cierra ese espacio prosigue y forma otro círculo más abajo, al sur del dibujo, el círculo de la muerte. La no-necesidad, la libertad, es un sector incluido en ambos, en el círculo de la felicidad basada en el ser y en el valor, que nada pide porque es, y en el de la muerte, que tampoco pide nada, porque no es.

Enrico contempla la curva del horizonte, el borde móvil pero distinguible del rebaño, el pedazo de tierra cubierto por las vigas de madera, que pertenece a lo abierto de la pradera y a lo cerrado de la cabaña; en todas partes fronteras separan y juntan muchas cosas diferentes. Es posible que Carlo se haya equivocado; Enrico está en la frontera, como en Gorizia, pero no sabe de qué lado, en qué círculo, si en la frontera sudoriental de la felicidad o en la noroccidental de la muerte. Cuántas veces, mientras paseaba por los bosques en dirección a Friuli, se perdía y no sabía si había cruzado sin darse cuenta la frontera con Italia, si ya estaba al otro lado. Carlo le dice que retroceda, que pertenezca, con su libertad, al luminoso círculo de la felicidad y del ser; le ordena incluso, en esas páginas, que sirva de guía a los demás, que los conduzca en su nombre a esa otra parte.

Esa investidura le asombra, le embriaga, pero le pesa. Es demasiado, es un equívoco que cae sobre él como una piedra.

Aclararlo, quitarse de los hombros esta estrella brillante y demasiado densa que lo aplasta, retroceder a la buhardilla. ¿Por qué no lo aclaró entonces, cuando había tanto tiempo? Ahora ya es imposible, demasiado tarde, ninguna fuerza vence a la muerte, esta cabronada que impide poner las cosas en claro. Todos morimos antes de disipar alguna mentira. Por ello matar es un delito, se avergüenza de haber disparado contra aquel pato que quizá volaba tan recto y veloz para rectificar algo.

Si Carlo lo quiere así, Enrico rehará el camino, cambiará de círculo, subirá al lugar donde la libertad y el silencio de quien nada pide resplandecen y calientan las cimas de los árboles en el rojo de la caída de la tarde. Sube sobre aquel árbol encendido por el sol y escapa de la sombra de la noche que asciende a lo largo del tronco. Sí, sobre su cabeza el cielo es una luz de fuego, pero a Enrico le gustaría inclinarla y mirar hacia abajo, en dirección a la hierba que cubre las raíces del árbol y pierde su color en la oscuridad; tenderse allí abajo, hundirse en el prado húmedo y mirar el cielo que se vacía poco a poco de color. Carlo debería entender que le está pidiendo, no, dando demasiado. También él se echaba a reír cuando Enrico declamaba aquella canción de Panarces, su poema preferido: un hombre que no es un hombre, viendo y no viendo un pájaro que no es un pájaro, encaramado sobre un árbol que no es un árbol, lo golpea y no lo golpea con una piedra que no es una piedra…

Nin, non, tañido de campanas. Incluso sin sal, la carne del pato es buena. La termina cuidadosamente, comer bien le gusta y además es de hombres, entre los gauchos el que más come es el más macho. Entra en la cabaña, saca un volumen de la colección Teubner y se sienta en la puerta. La luna ilumina bastante, pero podría prescindir de ella, se sabe de memoria aquellos pasajes tantas veces subrayados. Por vez primera lee a Platón como si fuese una condena y no un alivio, al pensamiento se manifiestan la magnificencia y la visión de todo el tiempo y de todo el ser, pero en aquel árido altiplano no lo ve a su alrededor. A él no le importaría, pero para Carlo no basta, pretende que él la vea realmente, la magnificencia.

Enrico mira a su alrededor. Tiene un nudo en la garganta, aparta *La República* y coge *Electra, Edipo rey*, el coro de *Orestes*, Noche reina dadora del sueño, sube del Erebo con tus alas, ven, estamos perdidos, hundidos en las tinieblas. Lo que más le gustaría es dormir, no pide otra cosa, aunque solo fuese dormitar como las bestias, sueltas aquí y allá en la oscuridad todavía manchada de luz como el café de leche.

De vez en cuando le ocurre eso, crepúsculos lentos que se remueven en su interior, noches feroces en la cabaña con el claro de luna que se filtra entre las tablas de madera. Pero estas intermitencias son escasas; en general es un blando sopor, los días y los meses vacíos

son iguales, los años pasan y no pasan, como en la letanía de Panarces. Para mantenerse en forma repasa un manual de conversación en griego antiguo, *Sprechen Sie Attisch*?, repite las frases de uso cotidiano: *wie lebt sich in Leipzig*, τίςέσν ὸ έν Λειψία βίος? me duele la cabeza, άλω τήνκεφαλήν. Lee también el *Martín Fierro*, le gusta ese mundo sin infancia en el que la muerte y el homicidio carecen de importancia simplemente porque matar y morir es algo que ocurre.

Piensa en una historia oída a un gaucho alrededor del fuego, un año antes, tres años antes, da igual, también el gaucho era igual a los demás y no tocaba la guitarra mejor o peor que ellos. Era la historia de un rastreador de las pampas de los tiempos pasados, un infalible buscador de pistas que reconocía cada pisada, fuese de hombre o de animal, y la distinguía entre millares, incluso a semanas de distancia, en los senderos hollados por cascos y por ruedas. Lo llamaban para encontrar un novillo extraviado o bien un ladrón, o algo peor, fugitivo quién sabe dónde; él se daba a la caza y tarde o temprano llegaba a su bestia o a su hombre, seguro como que anochece.

Pasaron los años, el rastreador era un rey de la pradera, pero se había vuelto triste y nervioso, hablaba y gritaba revolviéndose en sueños; a veces se levantaba y caminaba, asustando a los caballos y sin despertarse con sus relinchos. Un día lo llamaron para buscar a un desconocido que de noche había matado a un tratante de ganado. Él encontró la pista, la siguió; el camino era breve pero intrincado, las huellas iban y venían, se cruzaban y superponían pero aun así las distinguía. De vez en cuando lo asaltaba un gran cansancio y quería terminar con aquello, era viejo y ya era hora de que dejase de ir detrás de alguien, pero la costumbre, el honor y algo más, lo impulsaban. Siguió adelante, sabueso tenaz, y llegó a su propia barraca de cuatro troncos y lonas desgarradas. Solo entonces descubrió que aquella huella era la suya, la única que nunca se había dedicado a observar y a estudiar, y entendió que era él quien había matado, en una de esas noches en que dormía con los ojos abiertos, y se entregó a los gendarmes, vencido y vencedor.

En realidad se contaba que el viejo había matado para robar y que otro, más joven y más experto, había descubierto las huellas que el viejo se había esforzado inútilmente por emborronar. Pero la voz que cantaba en la sombra, en aquella noche de viento caliente que secaba la boca, no podía admitir que hubiera otro más valiente que él; solo él era capaz de vencer y destruirse a sí mismo. Enrico piensa en su pista, de la buhardilla a la cabaña; por un instante se extravía en ese recorrido pero presuroso desvía esa pena. Le es fácil borrar sus huellas a los ojos de los demás, pero su señal es clara, única, detrás y delante de él; inevitable, desde que Carlo la trazó. Contempla la luna que

surge entre las hierbas altas y negras, ojalá hubiese un agujero donde arrojarla, la tiraría como una calabaza que se ha usado para guardar el agua y que ya no sirve.

En el fondo esa historia del rastreador es vieja, ha nacido junto a otro mar, donde también han nacido los dioses y todas las demás historias. Enrico coge el *Edipo rey*, emborronado de anotaciones hechas a lápiz desde la época de la buhardilla. En el verso 1400 de la edición berlinesa de 1865, anotada por Schneidewin y a cargo de Nauck, el comentarista, a pie de página, observa que la palabra τοὐμόν es errónea y sugiere aquella que, en su opinión, es la expresión original de Sófocles. Enrico toma el lápiz y garrapatea, irritado: «¡Mierda, *es ist wunderschön richtig*, es estupendamente exacto!» Se levanta, da dos pasos aliviado, es agradable enfadarse por razones filológicas. El altiplano desierto a su alrededor se convierte de nuevo en lo que debe ser.

A veces la vida acuciante se muestra generosa, viene a despedirse en lugar de echarse sobre él. Enrico se ha asombrado cuando se ha visto delante de Mario; ha sido capaz de desentrañar sus huellas no al otro lado de un arroyo, como los perros de los esclavos, sino al otro lado del océano. Mario se parece a Carla, la misma frente alta de la hermana, los ojos tiernos y osados, la boca rebelde. Cuando lo ve, repentinamente surgido de la lejanía, con esos ojos azules de Carla, Enrico piensa que no se ama a una mujer o a un hombre, sino a una mirada, al mar que lleva dentro, a una sonrisa al margen del sexo. Debería reírse de Mario, que, en vista de que él no aparecía y en Gorizia no sabían dónde estaba, ha hecho todo ese viaje solo para decirle que Carla le ha esperado, que sigue queriéndole pero ahora, bueno, de manera diferente; quiere casarse con otro pero no sin su permiso, ya que se sentía comprometida con él cuando se fue a Sudamérica.

No es posible reírse o sonreírse de alguien que atraviesa el océano. Alrededor de ambos pastan los caballos. A Carla le gustan mucho, está hecha para correr en el viento y él se ha limitado a encender un poco su fantasía hablándole, en el jardín de Piazza Ginnastica, de cabalgadas y praderas. No es ella la que no le ha seguido, gracias a Dios que no lo ha hecho, sino él quien no puede seguirla mientras corre impávida al encuentro con la vida; con Carla se hacen hijos, con las mujeres de las caravanas no, y quizá tampoco con Fulviargiaula, él siente horror por los hijos, y en todo caso no es algo que le concierna.

Mario le habla un poco cohibido, por lo menos al principio. Enrico se quita el sombrero y deja que el viento pase entre sus cabellos; la mirada de Carla en los ojos de Mario le llega al corazón, pero después se siente ligero, aliviado. Es un hermoso día y lleva a Mario a pescar truchas; pasan horas sentados, fumando y contemplando el agua, y de

vez en cuando un pez que se debate atrapado en el anzuelo.

Con frecuencia el mundo se anuncia de manera ruidosa. América es un fragor, escribe a Nino, aunque las enormes extensiones de hierba lo filtren y atenúen. El ejército del presidente Yrigoyen dispara sobre los chilotes que hacen huelga contra los estancieros sobre todo después de que se rindieran con la promesa de que así salvarían la vida. Llegan a Enrico noticias de fusilamientos, fosas, violencia y asesinatos en las cárceles. Un día él mismo ve cómo la policía de Buenos Aires dispara sobre una multitud inerme y sigue disparando todavía con mayor intensidad, con mayor gusto, cuando la gente escapa y arrolla a muertos y heridos.

Aun antes de esa matanza la ciudad le horroriza con su confusión, sus casas, su vocerío, su estrépito. Es como si todo fuera siempre la fuga de una multitud sobre la que se dispara a mansalva. Enrico está en Buenos Aires por culpa del escorbuto. En su cabaña había carne a voluntad pero nada de fruta ni verdura, debería ser una vaca o una oveja y mordisquear la hierba. Con el tiempo su piel ha comenzado a cubrirse de petequias, las encías le sangran, en las mejillas le aparecen unas escamas como de pez.

Apenas curado, escapa de los ruidos de Buenos Aires y regresa a la Patagonia. Debe necesariamente construir ese recinto e instalarse algo mejor, cultivar también algunas verduras. Cuando el escorbuto le ataca de nuevo, los huesos le duelen demasiado como para pasar el día entero a caballo y la mera idea de Buenos Aires le aterroriza, siente que ya no puede más, que esa historia ha terminado. No se lo piensa dos veces, es una cosa como otra cualquiera. Volverá a Gorizia. Cuando la nave se acerca al muelle de Trieste, Enrico observa la orilla, se asoma al puente, saca del bolsillo unos cuantos pesos que le han quedado y los arroja al mar.

III

El regreso a Gorizia, en 1922, con la ropa nueva que apenas desembarcado en Trieste se ha comprado en Beltrame atendiendo a las súplicas de su hermano, no es por otra parte muy diferente de aquellos viajes arriba y abajo a lo largo de la Patagonia, cuando la única gente con la que tropezaba era alguna caravana que iba en dirección contraria y mientras se saludaban, al cruzarse, ya se decían adiós.

El k.u.k. Staatsgymnasium se llama ahora Liceo Vittorio Emanuele III. Schubert-Soldern se ha ido, está en Austria desprovisto de cualquier nacionalidad y reacio a elegir una, después de haber perdido dos imperios, Gorizia convertida en italiana y su Praga natal convertida en checoslovaca. Es posible que no le disguste encontrarse en ese vacío neumático creado por los ciclones y anticiclones de la historia. De todos modos sale más o menos adelante con el sueldo que algún ingenioso burócrata de la neonata pequeña república ha conseguido asignarle, por lo menos hasta el diecinueve de octubre de 1924, cuando, para usar una de sus expresiones favoritas, «cesen sus preocupaciones».

Enrico llega, los demás parten. Su madre ha muerto en 1917, en Udine. Nino muere el diecinueve de agosto de 1923, resbala de un peñasco y permanece durante horas en la sima Houcnik de Val Tribussa sobre el monte Poldanovetz. Sí, Carlo se ha equivocado, es Nino quien ha sabido vivir persuadido, no ha tenido necesidad de fugas novelescas y demás payasadas; la vida magnánima estaba de su lado, en el amor por su Pina y las dos hijas, por los amigos, en el placer de estar en su librería de Piazza Grande. «Contemplaba a los hombres con nobleza», dice su amigo Marin. En el ataúd, resplandece en su rostro la luz de aquella lámpara.

Ervino Pocar, que lo ha visto caer del peñasco, se va a Milán. La virtud trae consigo el honor, en los pupitres del viejo instituto, con tantos exámenes de griego, lo ha aprendido hasta él, que ha llegado a obtener excelentes notas. Entre los compañeros de aquella escuela Ervino ha comprendido que amar quiere decir escuchar, y que leer es mejor que escribir; si uno se empeña en empuñar la pluma, más vale traducir, como hacían con Nussbaumer en la escuela, dejar a un lado

la exhibición personal y ponerse al servicio de las grandes palabras. Biagio Marin enseña en la Normal, y cuando la autoridad escolar decide trasladarlo porque no aprecia su modo de comentar en clase el Evangelio según Juan, exclama que no es un baúl, lo deja todo y se marcha a Grado. Otros también se van, Camisi a Egipto, Segalla al Trentino.

Enrico se siente desorientado, le parece que en lugar de regresar se ha ido, que se halla aún entre los gauchos, la última vez que vio a Felipe Gutiérrez estaba viajando hacia la Cordillera, y José Antonio Pinto más lejos, al sur. Contempla poco el Carso y el Isonzo, esa tierra y esa agua han bebido demasiada sangre, como algunos pantanos de Sudámerica que beben la luz, y escucha malhumorado a los amigos que han participado en aquella matanza de uno u otro lado, en el ataque a una cuota conquistada o en el contraataque no menos sangriento para su reconquista.

En la tragedia que ha enfrentado a unos y otros, Enrico advierte sin embargo algo diferente que se niega a entender. Cuando los demás hablan de una cantimplora entregada bajo el fuego a un herido, y de aquel soldado que había apuntado con la pistola a unos compañeros embrutecidos por semanas de trinchera que querían degollar a un prisionero, no dice nada, piensa con fastidio en la carta de Tolstói y se va con aire desgarbado. Una vez llega a formular un ácido comentario sobre la viuda de Walter, un compañero suyo caído en el Sabotino, después se irrita o quizá se avergüenza, pero que le dejen tranquilo. Qué le importa a él aquella fraternidad compartida, aquella piedad por el enemigo. Ni enemigos, ni hermanos, ni hijos le interesan. Solo Carlo podía ser un hermano.

Monseñor Fogar, su catequista del instituto, es obispo de Trieste y protege como puede a los eslavos de las tropelías y la violencia de los fascistas. Los eslavos son una muralla impenetrable. Enrico se siente indignado por la injusticia que los hiere a la vez que los teme vagamente; su esloveno, que en Rubbia le bastaba para jugar o en Gorizia para conversar después de la escuela con algunos compañeros, no le alcanza ahora para encontrarlos, es como una lengua muerta.

También en las pampas lo llamaban profesor y a su viejo amigo don Igino Valdemarín, antiguo compañero de clase de Carlo y actual director del seminario, no le resulta difícil procurarle un empleo provisional que es renovado de año en año, incluso a quien no tiene el carnet del partido. Don Igino escribe versos y sabe que una clase de la escuela es una comunión no menos indisoluble ni variada que la que se profesa en el Credo. Enrico va cada mañana al seminario; al inicio de la clase escucha de pie, con la cabeza inclinada, la oración de sus alumnos, sin santiguarse ni mover los labios. Luego comienza, desmenuza conjugaciones y declinaciones y se abstiene de cualquier

comentario histórico o estético, jamás una palabra sobre el llanto de Aquiles o sobre la nostalgia de Ulises por la patria lejana.

Que lo consideren árido si quieren, no se pondrá a hacer el histrión para seducirles; no le gusta seducir, como máximo a alguna mujer, pero solo por poco tiempo, el imprescindible para convencerla, no para encantarla. Cada vez le gusta menos tener discípulos pendientes de sus labios, dispuestos a seguirle, solo faltaría que alguno le acompañara hasta la Patagonia. Los hijos adoptivos son todavía peores que los verdaderos. Incluso le molesta que lo miren mientras da la clase.

Esto no impide, desde luego, que cumpla con sus obligaciones; enseña como es debido el Gandino o la *Ausführliche Griechische Grammatik* de August Matthild, Leipzig 1835, y el *Repetitorium der lateinischen Syntax und Stilistik* de Menge, que han cruzado dos veces el océano con él, y prepara escrupulosamente temas y lecciones. En la contraportada del *De bello Gallico*, por ejemplo, ha anotado que la legión estaba dividida en diez cohortes; es algo que jamás ha conseguido recordar, por algo no ha querido hacer el servicio militar y le fastidian todos esos discursos sobre la gran guerra. Pero qué pretenden esos en sus pupitres, que aprendan los aoristos, ya es suficiente.

Sí, en la Patagonia llevaba consigo la *Odisea*, el *Agamenón*, texto griego y comentario en latín de Simon Karsten, pero no se pondrá a hablar del hado de los Atridas o del dolor de Electra -Carlo la prefería a todas las demás- delante de esos muchachos, sería una tontería, como interrumpir el paradigma de un verbo irregular para cantar a los Alpes Giulie que se ven por la ventana. Entre otras cosas podría ocurrir que aunque solo indirectamente dijese algo en contra de la religión, se vería en problemas, lo cual, además, sería una muestra de poca gratitud hacia esos curas que le han acogido.

Por un instante contempla las montañas. Puede que estuviera bien ser capaz de señalarlas con el dedo y mostrarlas a los chicos, afortunados aquellos que saben canturrear una cancioncilla mientras se afeitan. Pero en la clase él va al grano. En cierta ocasión los alumnos dibujan en la pizarra un gaucho a caballo que atrapa con el lazo un voluminoso diccionario griego, el Gemoll. «¿Qué ha dicho cuando ha entrado en clase y lo ha visto? Nada, ha mirado la pizarra y no ha dicho nada.»

De vez en cuando, en la sala de profesores, Enrico intercambia algunas palabras con Ceccutti, el otro profesor laico en medio de tantas sotanas. Es un buen chico, incluso simpático, siempre rezagado y con prisas; muchas veces llega con los deberes sin acabar de corregir y así Enrico, durante el recreo, le echa una mano; a él le cuesta muy poco descubrir de inmediato dónde hay una falta de griego o de latín.

Si Ceccutti no se matara con tantas clases particulares para mantener a la familia, mujer y tres hijos, podría corregir los deberes con calma y pasárselo mejor. Pero es muy simpático y, pese a su expresión de cansancio y preocupación, suelta grandes carcajadas y las provoca a su vez en los demás; siempre tiene algo que contar, como si la rutina de su casa fuese más accidentada que la de la Patagonia.

Ceccuti habla a veces de política. Se mete con los escuadristas que han hecho beber aceite de ricino a un primo suyo y añade que aquellos que les pagan y los ayudan sin ensuciarse directamente las manos, grandes terratenientes o altos funcionarios del Estado, son peores que ellos. Enrico está de acuerdo, y además la κοινωνία κακῶν, la cofradía de los malvados, no es para él una sorpresa, Carlo y Platón se lo han enseñado desde siempre. El otro pronuncia incluso un par de nombres, como si fuesen los de personas famosas que todos deben conocer solo porque a menudo aparecen en el periódico. Pero a Enrico no le dicen nada, a uno le parece haberlo visto en alguna parte pasando delante de una granja, o tal vez era una fábrica, no está seguro, es imposible estar en todo.

Una noche Ceccutti lo invita a cenar. La casa es pequeña, hay una butaca desfondada porque Marco, el hijo mayor, ha estado jugando a la guerra de Troya arrojándola como si fuese un carro contra los aqueos, mientras Giorgio, su hermano, la traspasaba con una lanza, o sea una escoba. En la pared, descolorida, sigue viéndose la pintada «Viva Giovanna», que los hermanos han trazado en rojo para el cumpleaños de la hermana y que la madre no ha conseguido borrar. Es verdad que el que en la mesa hablen todos a un tiempo fastidia a Enrico, pero un poco menos de lo habitual, y en el camino de regreso a su casa pasea largo rato por las calles desiertas antes de subir aquellas escaleras silenciosas.

También Enrico da clases particulares y cobra, mucho, demasiado. Si alguien no puede pagar, que se apañe, no hay obligación de saber griego, cuantos menos escolares mejor. Después utiliza los billetes de banco para señalar los libros, olvidándolos dentro de los volúmenes. Lee el *Cratilo* y el *Teeteto* en la edición de Teubner que le regaló Carlo, aparece incluso su firma, y las dos ediciones de *La persuasión y la retórica*, la de 1913 a cargo de Vladimiro Arangio-Ruiz, el amigo florentino, y la publicada por el primo de Carlo, Emilio, en 1922. El ha visto nacer ese libro, cuando Carlo lo escribía mientras preparaba la tesis de doctorado en Florencia. La portada color marfil tiene un borde negro, un negro profundo que a trechos parece azul noche, en el cual unas líneas claras se persiguen y se encabalgan como olas. Son páginas que contienen la palabra definitiva, el diagnóstico de la enfermedad que corroe a la civilización. La persuasión, dice Carlo, es la posesión presente de la propia vida y de la propia persona, la

capacidad de vivir plenamente el instante, sin sacrificarlo a algo venidero o supuestamente venidero, destruyendo así la vida en la esperanza de que pase lo más rápidamente posible. Pero la civilización es la historia de los hombres incapaces de vivir persuadidos, que construyen la enorme muralla de la retórica, la organización social del saber y del hacer para ocultarse a sí mismos la visión y la conciencia de su vacío. Enrico roza con el dedo la cresta sinuosa de esas líneas, hojea el libro, anota los márgenes y el fondo de las páginas, escribe alguna observación en italiano y en alemán, incluso entre líneas. Mejor sería no escribir nada, pero si no puede prescindir de hacerlo, esos garabatos son el género literario menos indecente, menos retórico.

Un verdadero libro solo puede escribirlo alguien grande, o sea otro. Carlo, por ejemplo. Las dos novelitas que Enrico ha parido son en efecto una porquería, una historia de amor en una inverosímil Gorizia medieval, otra aún más meliflua ambientada en el Semmering, por no mencionar aquellas aventuras con indios y cazadores de osos, y no hace falta haber vivido entre auténticos indios para descubrir qué tipo de basura es. Por lo menos esos trabajitos han hecho que se le pasen las ganas de intentarlo de nuevo. Transcribe también un sueño: se dirige a Gorizia, en ropa interior, es atracado por dos viejas, aparece también el Café Commercio. La banalidad de los sueños sirve también para los psicólogos, como para todos, *quia nesciunt, quae nesciunt, sibi scire videntur*.

Enrico hojea asimismo el fascículo del *Congreso* de 1922, que contiene escritos de y sobre Carlo, y lo apostilla a lápiz, prefiere esos trazos poco marcados que se borran con facilidad. ¿A quién, a qué sonreían aquellos ojos oscuros? La vida, garrapatea Enrico en el margen de la revista, no es un bien del que se disfrute, mientras que del dolor se sufre. Es el querer, el deseo lo que consuma el ser. «No ir al futuro», anota en la página 362, ir al futuro = muerte. Recogerse en el presente, despertar del insensato y destructor sueño de la voluntad. Al igual que Buda, Carlo es el gran despierto.

La noche baja a Gorizia, las calles estrechas desaparecen en un gris lívido, el viento golpea los papeles contra la acera. Hoy no le gusta la oscuridad, no es la que veían caer sobre la ciudad desde la buhardilla, aquella oscuridad dulce y vacía como la concha al oído, es solo un árido mordisco del invierno. Pero es posible que no baste con extinguir la vanidad del éxito sino cualquier otro deseo, hasta la voluntad del bien que sonreía en aquellos ojos oscuros, hasta la exigencia del valor, porque cualquier exigencia acucia y quema el presente… ¿Por qué justamente él debería deshacer estos nudos, él, que no ama el vértigo sino permanecer tumbado, fumando los cigarrillos que él mismo lía mientras contempla el mar? Hasta el

mismo mar es un exceso, porque devuelve la gran promesa de felicidad y la gran búsqueda de significado, que -como cualquier búsqueda- sofoca la felicidad. Mejor la tierra, torpe bajo los pies.

Ha sido un abuso. Carlo no debía dejarle vislumbrar algo que él jamás podrá alcanzar, pero sin lo cual es tan difícil vivir. Coge un ejemplar de la *Ronda*, del mismo año, recorre las páginas dedicadas a Carlo, escribe apresuradamente una frase sobre la «renuncia completa, que sabe que no participa de ningún valor». Pero ¿la voluntad es derrotada por esta ascesis o solo por el feo dolor de las cosas? La muerte tiene una excesiva semejanza con la renuncia necesaria para vencerla. Enrico no teme a la muerte, pero sí teme temerla, sucumbir un día al miedo a morir.

Baja a la calle. Cuando, de vez en cuando, pasa un automóvil, abre el paraguas que siempre lleva consigo para protegerse de la luz de los faros. Demasiados automóviles en marcha y demasiadas luces cegadoras, y luego el claxon, Gorizia es un estruendo total, la gente le saluda por la calle, todos nos conocemos, es molesto. Que se rían si quieren del paraguas, es posible que así dejen de incordiarle, dentro de poco se darán cuenta de la quemazón en los ojos, la luz hace daño, irrita la conjuntiva, hay que estar alerta, vigilar a cada momento.

Va a casa de Lini. No es que sea una historia importante, por lo menos para él. Para ella quizá sí, ocurre con frecuencia que a las mujeres, en el fondo, les importa más. Para ellas el amor es como el agua para los peces, si se la quitan les falta la respiración y se debaten de aquí para allá. La verdad es que a veces te gastan bromas pesadas y no hay que fiarse, pero también es cierto que necesitan estar en ese mar, mientras a los hombres les gusta nadar de vez en cuando, incluso mucho, pero después salen y se sacuden el agua de encima. No por nada la naturaleza ha hecho que quienes tengan hijos sean las mujeres; a ellas atribuye toda esa letanía de líquidos, protuberancias, tripa grande, mamadas, papillas, babas, cacas, pises y gritos, que uno no conseguiría ni leer.

Lini en realidad se llama Carolina, es alta, rubia desleída; su cuerpo fino se mueve desgarbado, los bellísimos ojos son inquietos y temblorosos. Habla poco y no pide nada, solo es feliz cuando Enrico para en su casa, más aún cuando le habla de Carlo. Le escucha con atención, no siempre pretende entenderle, pero, por otra parte, ¿qué significa entender? Cuando él se calla y pasa a otra cosa, no insiste. Él se cansa pronto. Las mujeres, a excepción de Fulviargiaula, carecen de talento para la filosofía.

Cuando Lini se levanta, metiendo los grandes pies en las pantuflas, y se dirige a la cocina a preparar el café, Enrico se queda echado en la dura cama, de la que ha hecho quitar el colchón, oyendo cómo se mueve entre platos y tacitas. Lini no va al futuro sino únicamente de

una habitación a otra; de vez en cuando se oye el ruido de una cuchara que cae al suelo. En general hablan poco. Lini se indigna por algún acto violento de los escuadristas, Enrico sigue callado, cuando desprecia a alguien no habla de él. Siguen en silencio en la mesa, Enrico percibe su mirada pero la evita, después Lini levanta la mesa, sus manos se mueven, delgadas y nerviosas.

No piensa necesariamente en Lini para las Galápagos, aunque ella estaría dispuesta a seguirle. Decidirán los hombres, él y Janes. El doctor Janes es amigo suyo, también ha leído a Schopenhauer y opina que no conviene repetir el espectáculo por tiempo indeterminado. Aborrece la procreación y disfruta de la vida, pero es un hombre de conciencia y una vez buscó fatigosamente a una muchacha que había conocido en vacaciones y temía haber dejado embarazada. En este caso quería asumir su responsabilidad, incluido el eventual indeseado, porque, decía, hay que pensárselo antes, y añadía que era muy eficiente en eso de pensárselo antes. En efecto, también aquella vez le había salido bien; a la muchacha le había asombrado el que estuviera buscándola por ese motivo, habitualmente los hombres hacen lo contrario, pero el doctor Janes es enemigo de la vida y de su reproducción, no de los seres vivos.

Estaría bien ir a las Galápagos. Allí se está mejor que en la Patagonia, no hay nada en absoluto, solo arena y pantanos ardientes y espumosos, matorrales, grandes lagartos y tortugas. Se llevarán dos mujeres, es fácil encontrar dos mujeres. Tendrán a su alrededor el Pacífico, el océano inmenso y sin retorno, de noche contemplarán cómo el sol desaparece en las infinitas aguas occidentales, hacia islas aún más remotas.

Pero las Galápagos están lejos y mientras tanto con Janes toman una barca y llegan a Pola, costeando la Istria. Colores absolutos, platónicos, piedra blanca, tierra roja, agua turquesa con manchas azul índigo en el fondo, transparencia del puro presente. Atracan en algún escollo, nadan hasta la orilla y se tumban sobre una roca o bajo un olivo; se meten mar adentro delante de Rovigno, delante del domo de Sant'Eufemia a pico sobre el mar.

En Salvore, sobre la punta de la Istria, reconoce el faro blanco, el paseo de olivos e higueras, los pinos con tantos mirlos en las ramas, la barrera de cipreses, centinelas que vigilan la orilla, el laurel y las flores azules de la achicoria. Una barca se mece ante el faro, el mar golpea suavemente sus flancos. Las flores de la achicoria son azules. Claro, es su color. ¿Cuánto vive la flor de la achicoria? O quizá es la planta la que vive, y la flor que cae y renace es como los cabellos, que se cortan. Pero si es así, su caída no importa y esa flor azul es la misma que Paula, echada entre la hierba, agitaba moviendo lentamente el tallo con la rodilla y mirando hacia arriba con sus ojos

oscuros. Los guijarros de la playa, que la marea sumerge y descubre, siguen ahí, blancos y pulidos, resplandecen en el sol y en el agua.

Ese lugar -escribe a Gaetano Chiavacci, el otro gran amigo florentino- era el predilecto de Carlo. Quién sabe si Arangio-Ruiz y Chiavacci, que estudian tan a fondo *La persuasión y la retórica*, pueden llegar a entenderlo sin tener en los ojos esa reverberación. Una piedra cae al agua y ondas concéntricas se ensanchan, cada vez más lejos, hasta desaparecer, pero es solo nuestra débil vista la que ya no las descubre, en alguna parte siguen; quizá más allá de las columnas de Hércules, el mar está encrespado por la zambullida de Argia que se arrojó aquella vez desde ese escollo. Tampoco las voces se pierden, las palabras de Paula han llegado a los pinos de la otra parte de la bahía, su risa ha quedado atrapada entre las ramas y los nidos de mirlos. A veces se encuentra con Paula, todo es obvio e imposible, hasta su boca se parece a la de Carlo.

A cuatro pasos del faro está la Pensión Predonzani, moreras y alerces ocultan el balcón de hierro forjado y un pozo antiguo. Cuando Enrico aparece en la puerta para pedir una habitación, descalzo y con la cara debajo del sombrero todavía marcada por el escorbuto, la señora Predonzani lo toma por un pordiosero y Anita, la hija, gesticula a su espalda para indicarle que no lo acepte como huésped. Pero al cabo de pocos minutos los ojos azules de Enrico, tan azules y tan claros, y sus cabellos rubios y desordenados, que de vez en cuando el viento levanta como una aureola, no disgustan a la señora y aún menos a la hija. De repente Enrico se siente muy bien en la pensión; incluso la cama demasiado blanda no es problema, basta con poner el colchón en el suelo.

Los veranos son largos y estables, una incesante chillería de cigarras, las horas tienen el color del ámbar. Apenas en Gorizia acaban las clases, Enrico llega a Salvore en el primer barco; desciende en el muelle del puertecito, se quita los zapatos, los deja junto a un noray y los recoge dos meses después cuando regresa. Lleva consigo unos cuantos libros y un par de camisas; el paraguas lo deja en Gorizia, aquí no hay demasiados automóviles. En la pensión se está bien, geranios resplandecen en las ventanas, hasta la gente es soportable, sobre todo los huéspedes que proceden de Graz. Trieste y la Istria han dejado una espina de nostalgia oceánica en el corazón de los austríacos, el deseo de abandonar el grave continente danubiano y de asomarse al mar libre.

Está el alcalde de Graz, luego un abogado, un par de funcionarios y señoras un poco demasiado parlanchinas pero agradables. Cuando está de buen humor, Enrico anima la reunión, les enseña a jugar a pelota a mano, les hace correr en fila india por el jardín, porque es bueno para la salud; alguno jadea, pero el alcalde es de los suyos, ríe como un

estúpido y obliga a los demás a hacer flexiones y a saltar los setos bajos, *so… so und so*, jo, jo, jo. Enrico dice a la señora Predonzani que sirva menos comida en la mesa, sobre todo poca sal y nada de dulces, aunque los de Graz protestan porque quieren el cuguluf y los merengues, así como la tarta Sacher. Si sigue atiborrándose así la gente morirá del corazón o se volverá loca, la sal hincha las arterias y la grasa atonta el cerebro. Es de idiotas envenenarse con estas porquerías, justo aquí, donde hay pocos automóviles y se podría estar bien, los comerciantes de productos alimenticios son unos canallas.

Pero mejor así, somos demasiados; la gente solo piensa en hacer hijos y el *duce* incluso premia, así que la naturaleza se rebela e impulsa a los hombres a estropearse antes o después perderemos la vista y el oído, todos cegatos como topos y sordos como campanas. Y solo porque siempre creemos necesitar algo, aunque solo sea sal en la sopa, y nos matamos por alcanzarlo. Reducir las necesidades, ser felices con el propio yo, ahí está la solución del acertijo. «No, no me parece feliz», ha dicho de él Lidia, la sobrina de la señora Predonzani, la ha oído perfectamente mientras hablaba con aquel profesor de Trieste. Pero qué sabe esa chiquilla, y además qué tiene que ver la felicidad con las palabras, no es posible negarla ni proclamarla.

Si alguna vez se lo ruegan, hasta se digna hablar de la Patagonia; se concentra un poco con aire inspirado, mira a su alrededor ceñudo y después comienza a hablar con voz pastosa, chascando la lengua. Las enormes olas del océano retumban como cañones contra los islotes a lo largo de las costas de la Desolación. Batallones de pájaros tan grandes como ocas caen desde los peñascos al mar, los guanayes aletean con un fragor ensordecedor. Ballenas varadas entre los escollos con la boca abierta de par en par en la que puede entrar una barca o tal vez dos. Bandadas de buitres con la cabeza escarlata alzan el vuelo oscureciendo el cielo. Los cazadores patagones matan los cóndores a palos una vez que se han hinchado con la carroña de carneros que les ponen de cebo y ya no pueden volar, y capturan a los guanacos tumbándolos con boleadoras que se enroscan alrededor de sus patas. Los araucanos son indomables y sus ojos tienen un resplandor extraño.

Las señoras escuchan y ríen cuando habla de las mujeres indias, pero Enrico se sorprende más que ellas al oír su propia voz, esos inusitados tonos altos y cautivadores. Lo que está diciendo no tiene nada que ver con su cabaña, sus caballos y sus vacas; está contando cosas que jamás ha visto, que jamás han sucedido, por lo menos a él, que solo las ha leído en las novelas de Salgari o Karl May. Él nunca ha llegado tan abajo, se ha quedado en el norte de la Patagonia. Pero de otra manera es imposible, las palabras solo pueden repetir otras palabras, no la vida. La suya además es incolora como el agua, pero de vez en cuando es justo ser sociable.

Se jacta de haber descubierto un yacimiento de petróleo y de haberlo dejado inutilizado y secreto, un poco menos de suciedad en el mundo. Debía de estar cerca de Los Césares, la misteriosa ciudad cubierta de oro y diamantes, inencontrable entre los desiertos y las gargantas de la Patagonia, cuyo último señor había sido el indio rebelde Gabriel Condorcanqui, Tupac Amaru II. Le gusta ese nombre imperial, oro que suena a palabras vacías, y le disgusta que no proceda de la majestad cesárea, como se había rumoreado, sino de un marinero cualquiera, un tal Francisco César.

Sin embargo allí el sol hispánico se había puesto sobre un escollo agrietado y escabroso. Los Césares era la fábula del Puerto del Hambre, la ciudad del hambre, la tristeza y la soledad que Sarmiento había fundado para gloria marítima de Felipe II y de España, para llegar después herido y febril al estrecho de Magallanes, perseguido por Drake como un lobo escuálido por los perros, sobre dos tablas clavadas de madera zarandeadas por los dos océanos que se cruzan. El último español de Puerto del Hambre había sido recogido finalmente por los ingleses del *Delight*, después de haber vivido seis años a solas en la ciudad vacía, entre los muertos que se pudrían en las cabañas, la iglesia muda, el patíbulo que se alzaba hacia el cielo y las perlas abandonadas por los habitantes cuando habían comprendido que ya no habría retorno.

Aquella grandeza imperial miserablemente caída merecía el nombre de Los Césares y el misterio de la oculta ciudad de oro; también su yacimiento de petróleo es digno de un rey porque él ha dejado que se pierda allí abajo, desaparecido y olvidado, pero aquella ciudad entre las montañas simplemente no existe y su nombre es un puro azar, una coincidencia. El pie que da la vuelta a la concha deja al desnudo el vacío de su valva y su silencio.

Mythos significa relato, pero los mitos callan. De lejos creemos oír su voz que narra historias fabulosas, pero a medida que nos acercamos esa voz se apaga, quizá solo era el viento que pasaba entre las piedras antiguas y ahora también ese viento ha muerto. Quienes charlan son los filólogos que glosan esas historias perdidas y esos silencios. El comentario del mito es la novela de su inexistencia, adornada con cantidad de chácharas. Exceptuando a Tolstói, a Enrico no le gustan las novelas, puro cotilleo bueno para amenizar una mesa, pero no para escribir, y tampoco para leer.

Son particularmente las mujeres quienes lo incitan a tan insensatas exhibiciones; hasta cierto punto las sigue, pero pronto se cansa. Mientras sus ojos azul celeste y sus modales gusten, de acuerdo. El no necesita a nadie, hombre o mujer, pero si alguna insiste la deja hacer, y con gusto. Está Inge, una periodista austríaca con largas piernas y una boca rapaz, o bien Violetta, una señora sensual y caprichosa como

la luna, que pertenece a una familia de industriales triestinos y le hace apreciar, de modo excepcional, algunos atributos de la retórica, una media de seda, una elegante sandalia, un fular perfumado.

Enrico descubre su habilidad en esquivar todas esas comedias y los emplastes que se pegan a una relación como a un papel matamoscas; él no tiene jamás una relación, ni siquiera sabe muy bien qué significa. Se va a la cama con Inge o con Violetta un verano, tal vez dos, pero siempre así, como por azar, o como algo obvio pero que no implica nada. Ni siquiera necesita romper; son ellas las que, tarde o temprano, dejan que se marche, con pesar y sin congoja. Él intenta mostrarse, como es debido, un poco melancólico, y después, ya más ligero, sale al mar con su barca, todo el día en ese silencio y esa paz.

La barca se llama *Maya*, es pequeña, tres metros, lo suficiente para salir a alta mar con la vela blanca; el velo de *Maya*, el deslumbramiento cegador que en algunos mediodías tiembla en el aire y sobre el agua es el último velo que oculta el puro presente de las cosas, quizá ya es ese puro presente. La vela que resbala sobre el mar se introduce en una rendija del horizonte y cae en un azul lechoso sin riberas, los veranos se dilatan y se espesan, el tiempo se redondea como un cristal en el agua.

Con las demás mujeres no habla de Carlo, solo a veces con Lini, en Gorizia. Tampoco es esa exactamente una relación. Lini se limita a estar ahí. En 1931 una gripe perniciosa, que la gente llama peste de los pulmones, ataca a su hermano Carlo, el predilecto de su madre, que ha combatido dos veces en la Gran Guerra, en Podgora como soldado austríaco y en el Sabotino, después de haber pasado al otro lado, como soldado italiano. El hermano muere en Gorizia y poco después muere también la hermana Ortensia. Enrico, que ha acudido a asistirla, apenas regresa del funeral se dirige a casa de Lini y se mete en la cama con una fiebre altísima. Lini no teme el contagio.

Lo dan por desahuciado, incluso Janes, pero Enrico sabe qué hacer. Sangrías, como en la Patagonia con los caballos. Casi se deja desangrar, es un alivio sentir correr tanta parte de uno mismo, tanta escoria sobrante y estropeada; bebe aguardiente hasta aturdirse y perder el conocimiento, ya no entiende absolutamente nada, pero de vez en cuando sigue dándole un trago a la botella. Al cabo de unos días descubre de nuevo el color de las paredes, ve la mesa y las sillas, la debilidad que siente en todo el cuerpo es blanda y amistosa.

Lini se encarga de que nadie venga a molestarlo, pero un día una vieja señora la aparta con decisión, «soy la mamá de Carlo», y entra en su dormitorio. Aquellos ojos oscuros, los ojos de Carlo, de Paula, aquella arruga alrededor de la boca… Cuando se va, deja sobre la mesilla de noche una lámpara de aceite de fuste alto y dos picos. Es la linterna de Carlo, la que se había apagado por exceso de aceite. La

señora sale; Lini, que se asoma para acompañarla a la puerta, ve la lámpara y a Enrico, apoyado en las almohadas, mirándola.

IV

El veintiuno de septiembre de 1933 Enrico traslada su residencia del municipio de Gorizia al de Umago, en Istria. Esta variación burocrática es una de las pocas huellas irrefutables de su existencia. Su fuga a Argentina no ha quedado registrada en parte alguna y a veces le resulta difícil reconstruirla con exactitud, lugares y sucesiones temporales se desvanecen; el registro civil, por el contrario, habla claro. Umago significa naturalmente Salvore, que es uno de sus arrabales.

Es un período que interesa con insistencia a los registros de estado civil y documentos catastrales. En 1934 Enrico se casa con Anita Predonzani. Es guapa, muy guapa; trabaja en la oficina de correos de Salvore, ha sentido inmediatamente una gran simpatía por él y piensa convertirlo, merced a su gracia y a su capacidad para encaminarse tranquilamente a una meta, en un poco menos salvaje. Emma Luzzatto Michelstaedter, la madre de Carlo, se congratula, alaba la sensatez del matrimonio en general y la de esa esposa en particular, aunque «todavía no puedo hacerme a la idea de que Mreule sea un marido». También Paula se ha casado, con un suizo; es un poco extraño que ahora se llame Winteler.

Enrico posee cuatro hectáreas que le ha vendido la familia Benedetti; olivos, algunas cepas, unos pocos árboles frutales y un pequeño pinar sobre el mar, allí donde se habían detenido aquella tarde de agosto de 1909, con Carlo, Nino y Fulviargiaula. De Gorizia se ha traído algunos muebles, elegidos en el sótano entre los más bastos y apolillados, y un montón de trajes viejos, así jamás tendrá que comprar otros. En casa ningún reloj, solo uno de sol en el exterior, empotrado en el muro grisáceo. Dos sillas junto a la cama son más que suficientes para depositar las ropas cuando van a dormir; el placer es la independencia de las cosas no absolutas, y hasta las necesarias son acogidas con indiferencia. *Nacktes, kahles Selbst*, anota en su cuaderno azul, el Ser desnudo y despojado, bonanza de la voluntad, ni un hálito de viento en el corazón.

Nada de luz eléctrica y tampoco radio. Anita descubre que es más coriáceo de lo que había previsto, y ni siquiera los momentos que

pasan debajo de las mantas sirven para hacerlo cambiar de idea. Para leer, de noche, basta con la lámpara de Carlo. Los libros están en un gran baúl claveteado o bien debajo de la cama, entre las tablas y el colchón. Cuando está en el lecho, apoyado en los almohadones, Enrico los saca buscándolos a tientas con la mano, sin ni siquiera mirar; sabe de memoria dónde están los discursos de Buda o los poemas de Carlo, la mano en la oscuridad no yerra ni cinco centímetros. De los poemas, por la noche, lee sobre todo *A Senia*, las cosas que yo vi en el fondo del mar, Senia, solo a ti te las quiero contar.

Anita trabaja en la oficina de correos, de modo que muchas veces cocina él, sbrodaus, una sopa que dura tres días y que, recalentada, a menudo se pega y sabe a quemado, porque la olvida en el hornillo donde arden y estallan las piñas que ha ido a buscar al bosque a pocos pasos de ahí. Cultiva su propio tabaco y después se lía unos cigarrillos cortos y toscos. Si vienen visitas, escapa a la playa. Acude con frecuencia el doctor Janes, que vive en Valdoltra, también él sobre el mar pero un poco más cerca de Trieste, y los tres pasan largas horas discutiendo y fantaseando sobre viajes. Él sin embargo no va siquiera a Bassania, que está a poco más de un kilómetro y donde hay una fonda buena y pequeña: cuando Anita y Janes insisten, deja que vayan ellos dos y se queda fumando y contemplando el mar más allá de los pinos.

El crepúsculo altera los colores. Es interesante descubrir, sin apartar la mirada, las soluciones de continuidad, los saltos de ese cambio. Desde el momento en que el sol toca el pino de abajo a aquel en que desaparece hay cuatro, tal vez cinco saltos de color, el más notable es el penúltimo, que invierte por un instante la curva de debilitamiento cromático y luminoso; del azul verdoso casi negro sale una moneda de cobre encendido, que rueda y desaparece detrás de una cortina grisácea.

Después cuatro pasos hasta la Pensión Gamboz o hasta la del capitán Pelizzon, al otro lado de la pequeña ensenada, o cuatro palabras, un poco más lejos, con el capitán Cipolla. Pero se cansa pronto. «Queridísimo Gaetano -escribe a Chiavacci-, habiéndonos dado el destino el privilegio de la amistad con Carlo, mal podemos contentarnos con lo que pueden ofrecernos otros contactos.»

Relee a Buda, los discursos de los últimos días en los que lo sublime asciende de las últimas fronteras de la percepción a la disolución de lo perceptible; lee también el Convenio General para la conducción de la aparcería en la provincia de Istria y anota con lápiz los artículos que le interesan más. Art. 7, el aparcero deberá abstenerse de realizar trabajos, acarreos y otras prestaciones manuales o con el ganado de la aparcería para terceros; art. 10, el aparcero podrá criar aves de corral en medida no superior a tres cabezas por

cada miembro de la familia aparcera, aparte de los polluelos necesarios para las renovaciones. Podrá criar un cerdo de engorde para las necesidades exclusivas de su familia.

Enrico tiene en efecto unos aparceros, el señor Busdachin con la mujer y, desgraciadamente, dos niños; si hacen un tercero los despedirá, se lo ha dicho claro y sin rodeos. Y ay de esos dos si hacen ruido, ni dentro de casa ni fuera, en el campo, que los padres les enseñen que no deben lloriquear ni tampoco correr por los campos o por el bosque. El aparcero es un buen hombre, intercambiable como todos los hombres, pero los ojos de la mujer, tranquilos y un poco entornados entre las arrugas de la piel campesina, miran a Enrico como si leyeran en su rostro más de lo que él sabe leer en el de ella. La mujer tiene caderas anchas y brazos robustos; buenos brazos, siembran, recogen, cocinan, friegan, lavan -incluso la ropa de Enrico-, sólidos brazos que sostienen el ánfora del presente.

La mirada de la Busdachin es buena, una bondad burlona y maternal, pero hace falta orden, las leyes son odiosas pero no vivimos en la buhardilla de Nino y fuera de ella el mundo es duro, ay si no existieran esas odiosas leyes. Enrico las desprecia y las observa minuciosamente, en caso contrario quién sabe adónde iríamos a parar si nos abandonásemos a la sonrisa franca en los ojos de la mujer que lleva en brazos al niño.

Que aprenda también ella, y también el estúpido niño, y el otro que grita todavía más; que aprendan todos por ellos mismos, como ha hecho él, que no se vive, que nadie vive. Hay que saber que nunca se tiene nada que perder, ni siquiera esas gallinas de más que les ha obligado a soltar de acuerdo con el reglamento; solo cuando se ha entendido esto se es libre. Son los esclavos quienes presumen de derechos, quien es libre tiene deberes.

Hay que atenerse al convenio, que enseña a renunciar, atenerse a él escrupulosamente. Enrico no teme a los hombres ni a los pumas, ni a la oscura ráfaga de bora que cae sobre la barca, en el mar, pero sí tiene miedo de los artículos y de los párrafos. La ley dice que los aparceros deben trabajar la tierra en aparcería y dividir después el producto a medias con el amo. Él es el amo y debe hacer que se cumpla la ley; no es justo por ejemplo que los niños coman alguna fruta arrancándola del árbol, porque después esa manzana o ese racimo no aparecen en el cómputo total.

Él está atento a que los dos niños conserven las manos en su sitio. Andan locos por los higos pero los higos le pertenecen y no es él quien ha hecho el mundo; él niega como Buda, no querer la vida, no desear, pero mientras tanto que nadie mire y toque sus higos. A veces Enrico va a revisar la basura; si algún resto o alguna mondadura revelan una apropiación indebida peor para ellos, es inútil que la Busdachin le

mire de ese modo cuando él rebusca entre los desperdicios. Anota en unas hojitas que arranca de un cuaderno entradas, salidas, suministros: entregado a Tita, un primo de Anita que trabaja en la pensión, 500, gastos de aparcero para el trigo, 66, para el arado, 70, para la cocina, 50.

Cuando Anita, al cabo de poco tiempo, le abandona y se va con el doctor Janes, que pese al proyecto de las Galápagos tiene en su casa luz eléctrica y agua corriente, Enrico dice a la Busdachin: «¿Y ahora qué coño hago?» No está disgustado, ni asombrado. Ninguna partida puede causarle dolor, ni tan siquiera la partida final, porque siempre somos extraños; imaginémonos la de una mujer de la que por fin nos hemos librado. Afila la punta de un bastón; cuando se melle el filo del cuchillo, paciencia.

Entre él y Anita hacía un tiempo que las cosas habían terminado. Ella le reprochaba la vida que llevaban y estaba llena de exigencias, solo pensaba en lujos y, encaprichada además con la radio y la calefacción, cualquier pretexto era bueno para ir a Trieste, a la ciudad, sin ni siquiera decirle cuándo regresaría. Y aquella noche lo había hecho adrede, poniéndose a bostezar repetidamente, justo en el momento mejor, y a preguntarle a qué hora salía al día siguiente el vapor para Trieste; se lo había preguntado dos o tres veces, a él, que detestaba horarios y relojes, justo «en el preciso momento culminante -Enrico lo escribió también en su diario- de un abrazo por ella provocado y buscado».

Que el efecto había sido paralizante resultaba más que obvio y tal vez esa había sido la intención de ella. Por la ventana llegaban los rumores de la noche, el deseo se le había ido de golpe, algo debajo de la piel y detrás de los ojos se había secado y empobrecido, el cuerpo inerte y encogido era como ajeno a toda la historia. No la muerte, sino el no ser; el último engaño del deseo es creer en él, esperarlo, quererlo. Aquella noche el engaño terminó. La verdad es un constreñirse de las cosas, la conciencia apaga los deseos y la muerte apaga la conciencia. Relee el *Filoctetes*, igual que en la Patagonia; aquel es el único y auténtico héroe, con su herida que le impide ser como los demás.

No se enfada con Anita, aunque lo haya hecho adrede. Para odiarla se precisaría tener un exceso de obtusa fe en el propio yo y en sus miserables prestaciones y triunfos. En todo caso se enfada con Janes, pero más que nada por pereza, por seguir las reglas; sin duda, cuando ocurren estas cosas no hay por qué matarse, como hacen los guapos de Buenos Aires, pero tampoco se puede hacer como si nada y un amigo que se comporta así es como si estuviese muerto. Lástima, porque es un buen médico y a Enrico, que teme a las enfermedades aunque en invierno se pasee descalzo y en camiseta, le gustaría saber que puede

llamarlo si hace falta.

¿Y ahora qué coño hago? En la Patagonia la soledad estaba bien, pero aquí es otra cosa, demasiado excéntrica. Para desaparecer hay que ser como todo el mundo, vivir con una mujer; un hombre solo da que hablar. Va a Gorizia, a buscar a Lini. Mejor dicho, finge que cae en su trampa, deja que sea ella quien le suplique que se la lleve con él a Salvore, y cuando viene la echa y hace que pase toda la noche al otro lado de la puerta, pero no hace frío, y él puede dormir tranquilo.

Lini vende su apartamento de Gorizia y se traslada a aquella casa de Salvore con las paredes sin encalar y las vigas del techo descubiertas; solo se lleva un reloj y una pequeña radio de baterías, que sube a escuchar al piso superior, cerrando la puerta para que él no la oiga.

De marzo a noviembre comen al aire libre, apoyando los platos y la cafetera en una caja de verdura volcada, Enrico sentado en una caja más pequeña y Lini en una silla de verdad, fumando un cigarrillo tras otro. Las viejas chaquetas traídas de Gorizia son de buen paño, el tejido pierde lentamente el color aquí y allí, entre un desgarrón y un remiendo el cielo diáfano se vuelve más blando o más tenso. Lini prepara la comida, y cuando está a punto, si él está fuera, en el mar, lo llama encendiendo una hoguera con madera húmeda que despide mucho humo.

A veces sale en barca con él, pero otras muchas se queda en casa, los días son largos, el pelinkovech le gusta cada vez más y a eso de las once de la mañana ya se ha bebido más de uno. Algunos días descubre de repente, al mirar el reloj que Enrico finge no ver, que ya son las tres y entonces hace retroceder las agujas a las doce, prepara la comida y llama después a Enrico, que regresa, ata la barca y regala casi todos los pescados a los chiquillos de la orilla, a excepción de un par para ellos dos, que pone sobre las piñas y la carbonilla.

Enrico está cada día más delgado, entre las arrugas el rostro se le seca debajo de unos cabellos siempre demasiado largos. También los brazos de Lini son delgados. A veces le pide que le lea en voz alta algún libro y la escucha con los ojos cerrados, apoyado en un árbol. Lini le lee los últimos días de Buda, saltándose algún fragmento en el cual habla Ananda, el discípulo predilecto del sublime, porque Enrico se enfada cada vez que oye hablar de discípulos. Le lee páginas de la *Persuasión* o algún poema de Carlo, qué queréis del pérfido mar, pero nunca el diálogo de la salud, también un relato de Björnson en alemán, todo él aguas silenciosas y mujeres de cabellos rubios.

Lini no ama los libros pero los respeta y los trata con cuidado; incluso cuando se peina sabe que en los libros está la vida que cuenta, la que no pasa, la vida de Enrico. Siente antipatía por un libro que ha terminado allí junto con los demás, *Die Kameradschaftsehe* de Lindsay

y Evans; quién sabe quiénes son, tal vez puede que marido y mujer o en cualquier caso un hombre y una mujer, si es así deben entender poco de determinadas cosas. Dios mío, a veces esa idea del matrimonio de camaradas no llega a parecerle tan fea, puede que hasta sea hermosa, cuando Enrico se enfurece porque ella le contradice y la echa de la cama con un empujón, o bien si la sorprende mirando al cielo mientras pasa un aeroplano y le arroja un cubo de agua por la ventana, así aprenderá a admirar aquellas estupideces con su ruido ensordecedor.

Algunas tardes Lini tiene pocas ganas de leer, el pelinkovech le empasta la lengua y entonces se queja a Enrico de que los gritos de los críos Busdachin, mientras él estaba en el mar, le han dado dolor de cabeza. Enrico más tarde riñe al aparcero, este se enfada luego con la mujer, que al no poderle dar un bofetón a la dueña, a esa escoba con faldas, que además se las da de orgullosa, se lo propina a los dos niños, y después recoge la ropa que Lini siempre deja esparcida por todas partes, dado que quien debe recogerla es la Busdachin.

Algunos domingos, vienen Tita y Lidia Predonzani, y también el capitán Pelizzon y Cipolla. Si no son más que ellos, Enrico no se va, se queda y juega a la brisca o a otro juego, mientras oye los discursos sobre los tiempos que corren. Alguien cuenta que el *duce* ha enloquecido; él escucha complacido con la cabeza un poco ladeada, levanta el dedo y suelta un solemne chasquido con la lengua, «eso, sí, bravo». Ahora a los fascistas, para sus porquerías, ya no les basta con los eslavos, comienzan a meterse también con los judíos. Enrico piensa en los ojos oscuros y orientales de Carlo y Paula. En cierta ocasión viene a visitarlo Paula, ahora tiene también un hijo, que naturalmente se llama Carlo. Cuando Paula se va, Enrico permanece largo rato mirando el mar y dando la espalda a los demás, a Lini que va y viene ordenando platos y vasos.

También en Salvore se vive, quizá sin darse cuenta de ello, en el imperio proclamado por el *duce*. *Quia non sumus esse volumus et quia esse volumus non sumus*. No es que Enrico sienta simpatía por los comunistas, es una idea extravagante que solo vale para calentar la cabeza a los eslavos y olvidar siglos de historia, pero son los que más plantan cara a los fascistas, hay que reconocerlo, y no temen a la muerte. Tampoco temen temerla, no piden limosnas a la vida insolvente.

De todos modos el comunismo acabará mal, incluso en Rusia, donde además debe de ser una pesadilla, todas estas estupideces de sociedad y colectividad, no son más que una cofradía de malvados, un sueño del cual debemos despertar. Cualquier fe es solo un sueño, una pesadilla del futuro. Un amigo de Cipolla, republicano, ha ido a combatir a España; los demás, en la mesa, o sea alrededor de la cajita,

hablan de él con admiración. Enrico no dice nada, después se levanta y va a pasear a orillas del mar.

Los tiempos no son fáciles, a ellos les basta con muy poco, pero la comida cuesta cada vez más. Enrico encarga a un conocido de Gorizia que le venda el apartamento que posee en Monfalcone y anota en una hoja los gastos menores. Le gusta que Lia, la hija de su hermano, venga a verlo. Enrico nota que la casa desnuda, el viento entre los pinos y las olas encrespadas por ese viento le gustan y la lleva a la playa y por los escollos y las grutas, mostrándole las actinias rojas y carnosas que se abren como una flor cuando la marea las cubre, y juntos recogen lombrices para los cebos.

También van en barca. Lia es rápida con la escota y ríe cuando la *Maya*, que parece a punto de chocar contra las rocas, vira de golpe y se aleja de la orilla. Su risa es clara, próxima, no siente dolor al mirarla, como sentía en la barca con Fulviargiaula. Lia se parece al padre; Enrico la mira, de vez en cuando se lamenta por haber tratado tan poco a su hermano. De haber jugado juntos un poco más es posible incluso que se hubieran divertido. A la vuelta Lia se echa al agua y llega nadando hasta la orilla, corre, totalmente mojada todavía, a encender el fuego para asar el pescado, descarta las piñas más pequeñas y estropeadas y le pide que recoja otras grandes y hermosas; a él le gusta complacerla.

A veces van a nadar juntos, él se deja coger por los hombros y empujar debajo del agua. Tal vez el mundo no se divida entre Carlo y Paula por un lado y todos los demás a los que hay que evitar como mosquitos por el otro. Enrico también ha aprendido los gustos de Lia y está atento para sacar el pescado del fuego antes de que se dore demasiado, pues ella lo prefiere muy poco hecho, con un poco de romero. Lia come alegremente, se sacude los cabellos, echando la cabeza hacia atrás. No es la iluminación de Buda debajo del árbol, pero Enrico está bien. La sobrina podría quedarse un poco más, la estación es buena y él se ocuparía de que nunca faltase el pescado asado como a ella le gusta.

Pero es un verano tórrido, el azul no tarda en ocultarse. Cuando la madre viene a recoger a Lia, Enrico le dice que su hermano ha sido un inconsciente al echar al mundo unos hijos que, muerto él, no son nadie y nunca tendrán nada. Exige violentamente además que le devuelva un medallón con la efigie de Francisco José, una baratija que no vale un céntimo, pero él chilla que era de su padre, y ahora es suyo, no de su hermano, no piensa dejarse engañar por una vieja que ahora, además, ni siquiera es su pariente.

Una vez viene Lisetta, la hija de Carla, impetuosa y amable como su madre y enamorada como ella de los caballos: le habla de indios y de potros, juegan a las historias de Karl May, él es Old Shatterhand y

ella Winnetou, el noble piel roja. Le alegra que no sea su hija, así todo es más llevadero, también es más fácil verla partir hacia Alemania para no regresar jamás.

La señora Emma les escribe con frecuencia. Tiene ochenta años -«estúpidos ochenta años»- y le cuenta la fiesta de su cumpleaños, allá en Gorizia. Todo el día en casa recibiendo visitas, de las nueve de la mañana a las once de la noche, una enormidad de cartas, telegramas y flores dignas de mejor causa, ¿por qué vuelan los días? Lini le gusta más que Anita, pero querría mirar a Enrico a los ojos para saber si está realmente bien. Probablemente no. Para no sufrir, para seguir adelante, habría que ser como los demás. De todos modos ella intenta serlo, y en 1938, cuando llegan las leyes raciales, le da consejos sobre los espárragos y sobre la achicoria roja, pregunta si todavía lleva una pernera más larga que la otra, como la última vez que se han visto. Él responde con evasivas, no le gusta esa expresión «seguir adelante».

Emma le habla sobre todo de su nieto, el hijo de Paula. Los dos están en la Marmolada. El matrimonio de Paula pasa por un mal momento, pero la Marmolada resplandece alta y blanca y Carlo, el nieto, está contento de tirar bolas de nieve, las fotografías lo muestran guapo y risueño. Es injusto sentirse atraídos por la belleza, por la gran injusticia de la seducción y de la salud, piensa la anciana señora, pero sigue mirando esa fotografía. Si fuese menos vieja iría a Salvore, pero tampoco es tan importante verse. «Nuestros vínculos, Rico, son de los que no se pueden romper.» Está claro que también él podría escribir un poco más, pero el epistolario también es literatura y él la desprecia: prefiere tomar apuntes sobre algunos casos especiales del uso de quominus.

En ocasiones viene a verlo Biagio Marin y le dice que ponga por lo menos un rosal delante de la casa, que a Lini le gustaría. Biagio no puede entender a Carlo, aunque nunca haya olvidado aquella mañana en el patio del instituto, en Gorizia, cuando lo vio beber en la fuente, la boca y la cara bajo el chorro de agua, después de quitarse el sombrero redondo a la española. A Biagio le gusta el agua que cae, sentir su peso, la vida que corre llena de ansia y de hambre, transformándose y disolviéndose continuamente; él es un poeta, capaz de ver a Dios solo en las cosas sensuales y finitas que siempre acaban por convertirse en otra cosa, ánforas para beber y bocas para besar, ídolos insaciables, salmo eterno de su embriagadora desaparición.

Por el contrario, Enrico piensa en la luz que Carlo veía allí donde los demás solo ven oscuridad, mares sin límites jamás surcados por quilla alguna, sol que sobre ese mar no cambia ni declina, cielo de las ideas platónicas, no de los dioses de Homero. Pero a veces ese cielo fulgurante y cegador le parece negro, cierra los ojos y se precipita en las tinieblas que hay detrás de sus párpados. El rayo quema, seca; por

qué le ha tocado precisamente a él, tal vez se precisaba un árbol más fuerte, más rico en linfas y en humores, para acoger la luz de aquella lámpara sin terminar abrasado. Envidia a Marin, que jamás ha sido fulminado y es capaz de descubrir lo eterno en todas partes, en tantos dioses fugaces.

Pero Marin lleva consigo, inextinguible, la huella de aquella mañana delante de la fuente. «Nosotros no podemos ignorarnos ni olvidarnos», le escribe Enrico, si bien en una carta a Paula observa dignamente que Biagio no tiene «gran comprensión» de Carlo, porque ama el mundo y «Carlo es un santo, no hay más grandeza que la santidad y no es otra cosa que distancia de este mundo, necesidad de un mundo que no sea como este, locura y dolor».

Algunas tardes visitan a los Battilana. La casa es clara y acogedora como ellos, hay un piano y lo tocan. Schubert, Beethoven. Igual que Argia, delante de aquel mismo mar. A veces se lo toman con más frivolidad, Lidia canta *La Paloma* y Lini toca la cítara. Esos sonidos vagabundos armonizan con su rostro un poco áspero. Enrico le sonríe y ella también, olvida aquel empujón que la ha tirado de la cama, haciéndole incluso daño, y recuerda en cambio alguna carta suya que concluye «te beso»; la melancolía desaparece por un instante de sus ojos como un relámpago que se extingue. Pero una cítara no es gran cosa, acaba en sordina mientras grandes nubes pasan por el cielo, la tierra gira, cada vez cuesta más trabajo encontrar azúcar y café; la fina boca no tarda en volverse amarga, por suerte el pelinkovech y la grappa no faltan.

A Enrico le sale un abceso en el cuello, no se preocupa pero crece. Al final se decide, teme las enfermedades y aún más a los médicos, así que llama a Janes. Creía que no vendrías, le dice, mientras el otro se inclina sobre él. Vengo como médico, responde Janes sin mirarlo y preparando los instrumentos para la pequeña incisión. Janes regresa a Valdoltra, vende una parte de la casa, los tiempos son difíciles. Después enferma, un cáncer de piel devora su rostro como el fuego retuerce y arranca las cubiertas de los viejos libros rugosos arrojados a la estufa. Se suicidará, no hay duda. Enrico lo conoce. Sin embargo muere poco a poco como un hongo al que se pegan testarudos mohos; gracias a Dios al final las cosas se precipitan. Anita, hermosa y hundida en el cansancio, se va a Trieste.

Enrico sigue saliendo en la barca; a veces se lleva con él a Pepi, un pescador. Le agrada la compañía de ese hombre en la paz de algunas perezosas bonanzas; cuando Pepi se va a Leipzig y le manda una postal, la conserva entre sus papeles. En 1939 viene a verlo Paula, al mirar en aquellos ojos oscuros tiene la impresión de que el mundo tal vez no sea únicamente un error.

La guerra llega y pasa como un eco, mejor dicho, no pasa, es un

aire sofocante que se detiene. Enrico se entera distraídamente de ella a través de las partidas, los retornos o no-retornos de los jóvenes del pueblo, de los que oye hablar y no conoce. Lia le hace llegar unos paquetes desde Gorizia, los Busdachin trabajan el campo, ni siquiera él puede evitar leer los periódicos un poco más que antes. El mar por suerte sigue igual, desde la barca ve las sombras de los peces en el fondo. En el invierno de 1941 la bora es especialmente glacial y Enrico recuerda con gratitud que fue Janes, en su tiempo, quien lo convenció de que al menos instalara aquel horno en la cocina.

Los alemanes detienen a Elda, la hermana mayor de Carlo. La madre está sola, escribe que se siente desilusionada de todo y de todos; nadie, ni parientes ni amigos, siente compasión por ella, nadie tiene el valor de ir a visitar a una vieja judía. Afortunado usted, querido Rico, que vive lejos de este pequeño mundo malvado y poco sincero. El mundo del exterminio es solo pequeño para esa vieja que se preocupa por Enrico y teme que esté demasiado solo. Si se sintiera menos decrépita, iría a verlo, le escribe; también se lamenta de no tener las ganas de vivir de su hermano, que sin embargo tiene ochenta y seis años y acaba de sufrir una fea desgracia. Emma dice en cambio que solo espera la paz del retorno a la tierra de la que hemos venido, y a propósito de tierra, querido Rico, supongo que estará contento de la suya y de lo bien que ha ido el trigo este año.

También de vez en cuando llegan a Salvore, fulminantes, motoristas alemanes y sueltan palabras secas como latigazos en el patio de alguna casa. Enrico oye hablar de algo ocurrido en Grubia, han llegado unos fascistas de Pirano y han matado a golpes a dos muchachas que habían ocultado a unos partisanos, o tal vez no fueran más que unas octavillas. Él no ha estado nunca en Grubia, ni siquiera ha ido jamás a Bassania. Algunos jóvenes, pero también gente mayor, se alejan de las casas, unas muchachas van y vienen con frecuencia recogiendo leña de alguna parte del interior de Istria y después se reúnen de noche en alguna casa.

Los alemanes arrasan y matan. Se habla de tres jóvenes ahorcados en las cunetas de la carretera y dejados ahí, con un garfio en la garganta, unos dicen que cerca de Visignano, otros que de Pisino. Al ser pillados, uno de los tres no conseguía hablar, pero los otros dos gritaron *Smrt Fasˇizmu, Zˇivio Titio* levantando el puño cerrado y uno de ellos, que sabía alemán, dijo mientras lo izaban algo que hizo enrojecer al teniente, y hasta intentó escupirlo. Es como con los chilotes allá en la Patagonia, pero aquellos solo sabían morir y estos, como es justo, también matar; dicen que en el Neretva y en el Kozara los alemanes están estupefactos de tener que retirarse ante unos andrajosos salidos de los bosques.

En las paredes escriben *Trst je nasˇ*. No es Tito quien quiere Istria,

sino Istria quien quiere a Tito. *Ž ivot damo Trst ne damo*. Corre la voz de que algún partisano italiano, hablando con los compañeros junto a quienes lucha contra alemanes y fascistas, exclama que no es cierto, los eslavos deben dejar de ser oprimidos pero deben respetar a los italianos y sus derechos, en la fraternidad de los pueblos liberados de sus tiranos. Cualquiera que hable así desaparece, acaba en una sima o es apresado por los alemanes en un refugio secreto, quién sabe cómo ha sido descubierto.

También esto es mudo dolor, peso que cae y aplasta, locura de la vida que delira de poderse rescatar, ilusión del yo que se hunde en la existencia bestial y en este final encuentra la liberación de la locura del mundo. El tigre cree que está bien devorar al antílope; por suerte la vida no es eterna, solo un pequeño y doloroso adverbio negativo, μή ὄυ no ser. Lo eterno abrasa ese no, mínimo aguijón feroz. Resistir e inflamarse quiere decir liberarse de todas las cosas mudables, y nada más mudable que los hombres.

Esos escritos de las paredes solo son mentiras de aquel que sabe que dentro de poco será vencedor, pero no era menos mentira negar con desprecio que esa roja tierra istriana fuese también eslava; el desprecio cae sobre la cabeza como un escupitajo lanzado al aire. Llegan más noticias. Por la zona de Albona, mientras arrecia la batalla, los partidarios de Tito arrojan al mar o a las simas a italianos culpables e inocentes después de atarles las manos con alambres. Se rompe una tumefacción secular; si pudiéramos retroceder a Gorizia, a los pupitres de la escuela, hablar de aquellas cosas calladas que ahora estallan, si Carlo hubiera aprendido el esloveno, tal vez, quién sabe… Ridículo, retroceder tampoco serviría de nada, se repetiría todo, el mismo error, el mismo horror.

Emma y Elda han sido deportadas a Auschwitz por los alemanes, Paula está en Suiza. Una vecina aficionada a las sesiones espiritistas les había dicho que no tenían por qué preocuparse pues había invocado a Carlo en el velador y él había contestado, con tres golpes, que no existía peligro y podían quedarse. Emma muere en 1943, recién llegada al Lager, la hija al año siguiente, Carlo y su hermano Gino se han suicidado siendo aún muy jóvenes, en ellos el antiguo dolor hebraico ha estallado en una escisión incurable. Para matar a una vieja judía de ochenta y nueve años ha hecho falta en cambio Auschwitz, toda la puesta en escena del Tercer Reich.

Sí, ese Reich milenario es la prueba de que la retórica es muerte y destrucción. Sí, repite Enrico para sí y en las cartas a Paula y a algún amigo, Carlo ha sido exactamente el más grande; su sol -escribe- es incluso más fuerte que el de Parménides y Platón, sus rayos llegan más lejos. También el eco de todas esas tragedias e infamias no hace sino repetirle al oído, sofocado y deformado, ese nombre.

Argia también muere en un Lager. No es judía, pero no ha podido permanecer callada ante lo que sucedía, ha hablado abiertamente en contra de los nazis que deportaban a los judíos; según algunos había entrado en contacto con los partisanos. Alguien cuenta a Enrico que ha sido el recuerdo de Carlo lo que la ha hecho hablar y actuar así, sin miedo. Enrico no contesta, malhumorado mira el pinar y la orilla del Salvore desiertos, con quién podría hablar entre esos escollos; piensa con malestar en los ojos oscuros de Paula, quizá sería mejor no volver a verla nunca.

El IX Cuerpo de Tito entra en Trieste el primero de mayo de 1945, una semana antes de liberar Zagreb. La bandera roja y la blanca, roja y azul cubren el cielo como una nube escarlata y en esa luz de cobre la guadaña corta al azar, la reconquista después de la larga oscuridad también es oscura violencia que arrasa. En Gorizia los partidarios de Tito se llevan, entre otros, a Pina, la viuda de Nino, que ya no vuelve.

También Enrico y el capitán Pelizzon son detenidos y conducidos a Umago. Solo compartir por tanto tiempo la celda con tantas personas es insoportable. En la habitación se estanca un hedor fétido, el ácido sudor que viene del miedo, no del calor del verano y ni siquiera del cansancio. No temer la muerte ni nada, no temer temerla. Es difícil vivir persuadidos ese instante, el hedor, los interrogatorios, las palizas, no esperar que pasen, que llegue el futuro en que se abra esa puerta y se pueda salir. Allí dentro haría falta ser santo, solo los santos no temen nada, pero él nunca ha pedido ser santo, ni a Carlo. En aquella buhardilla solo quería estar bien junto a sus amigos, nada más.

Enrico tiene miedo, pero no deja de tener su temperamento; en la celda no consigue pensar en Sócrates, ni tampoco controlar su impaciencia. Rechaza con desprecio la sopa, que se la coman los de la Ozna antes que dárselo a él, ese rancho está bien para los brutos de la policía secreta, siempre mejor que la pocilga a la que están acostumbrados. Cuando le hacen preguntas idiotas y lo amenazan, se enfada y los insulta, los injuria en italiano y esloveno, los trata como perros que hay que echar de la mesa y entonces son ellos quienes pierden la paciencia, pero en serio.

Que te peguen es una experiencia curiosa. No solo curiosa, sin duda. Bajo los golpes Enrico, aparte del dolor, se siente perdido. Qué estúpido ha sido de no poder soportar a los niños, cuántas veces en el mundo deben de sentirse como él bajo los golpes; intenta acordarse de cuando era pequeño pero no se le ocurre nada, no es fácil recordar bien algo mientras intentas cubrirte la cara o el vientre.

A Enrico nunca le habían pegado, ni una sola vez se ha peleado en su vida; esa proximidad inmediata y feroz lo desconcierta, es posible que sintiera menos miedo en una batalla con disparos de fusil o de pistola. En la Patagonia o en el mar ha afrontado peligros, pero no así.

El mundo se le echa encima, grande, enorme, lo aplasta y lo hace añicos; jamás ha soportado a la gente que mientras te habla te toca o te coge por el brazo, además eso hace daño, mucho daño. Pero sobre todo es una promiscuidad indecente, a él le gustan las distancias, nunca ha querido dormir con nadie, siempre camas separadas. Aunque una sola persona le pusiese las manos encima, allá en las pampas, los dos frente a frente con las manos desnudas, no sabría defenderse, no sabría sino acurrucarse y protegerse la cabeza, un niño que se oculta debajo de las mantas, qué vergüenza.

No dura mucho, pronto se dan cuenta de que ha sido un error. Un par de campesinos que están en el partido explican al mando que el profesor es un tipo extraño pero inofensivo; jamás ha sido fascista, mejor dicho, ni siquiera nacionalista, no molesta ni pide nada a nadie, sabe incluso esloveno aunque habría hecho mejor en estudiar croata. Lo dejan en libertad e incluso se disculpan; un capitán de Zagreb, que habla perfectamente italiano, lo acompaña en coche hasta Salvore y le dice que con la revolución estas cosas no volverán a ocurrir nunca más. Enrico calla, no es el momento de expresar lo que piensa sobre revoluciones y contrarrevoluciones, sobre todos aquellos que quieren acelerar la llegada del futuro.

Excarcelan también a Pelizzon, quien consigue la expatriación, lo abandona todo y se va a Trieste, donde como exiliado consigue un puesto en el ayuntamiento; para el capitán ha llegado la hora de desembarcar. También Enrico podría irse, pero ¿adónde? ¿A las ciudades llenas de ruido, de automóviles y confusión, como Trieste, o a Gorizia, lejos del mar, con los zapatos siempre puestos? Lini se muestra un poco más brusca y bebe alguna copa de más, pero espera sin decir nada a que él decida.

Alguien lo admira por su coraje de permanecer, pero él tiene miedo, miedo de quedarse, y aún más de irse. No, no es un héroe. Carlo podría haberlo sido, pero no quiso, porque un héroe debe vencer y la victoria es el truco o el lloriqueo que conmueve al público, adversarios y jueces. ¿Cómo se puede negar el laurel a alguien que en caso contrario haría un drama? Héroes y victorias son únicamente bobadas; en efecto, Filoctetes pierde y no exhibe sus músculos ni su sensible corazón, sino la pútrida herida que le hace inaccesible y solitario.

Enrico tiene miedo, no de los hombres sino de los papeles, de los documentos, certificados, censos y declaraciones que debe firmar continuamente, también de los impuestos. La reforma agraria le quita la mitad de la tierra y la entrega a los aparceros. Los Busdachin se convierten en propietarios y vecinos suyos, pero no se enfada con ellos, si no serían otros, y además son gente recta y orgullosa. Él odia el comunismo, pero en todos esos años los Busdachin han trabajado,

justo es reconocerlo. La vida es dura, la poca tierra que conserva apenas le basta. Una vaga amenaza pesa en el aire, hasta los paseos por la playa están velados por una oscura incertidumbre. «Ese profesor que se ha quedado allí, en Punta Salvore, con el nudo corredizo en la garganta», ha escrito de él un amigo de Milán a Bruno Battilana.

La existencia, a este lado del telón de acero, es dura y pesada. «Querido Biagio, si las cosas no cambian no podré resistir mucho más tiempo. El aniquilamiento de la persona es tan completo que la mínima actividad llega a ser casi imposible. Esta es también la razón por la que he dejado de escribir.» No escribir, no decidir, no apresurarse; mantenerse al margen, tranquilo, permanecer inmóvil como una encina que contempla el mar. «Querida Paula, la gente parte continuamente. Todavía no sé qué decisión tomaré, sin embargo no tiene ninguna urgencia. Está claro que lo único que deseo es no abandonar el mar…»

También Punta Salvore entra a formar parte de la apuesta de una partida que se juega lejos, no tanto entre Italia y Yugoslavia como entre las grandes potencias que, por no haber leído *La persuasión y la retórica*, creen que pueden disputarse el dominio sobre el mundo. Las fronteras se desplazan, se alargan y se estrechan, al principio solo en unos pedazos de mapa que los diplomáticos se intercambian y arrojan después a la papelera. De no ser por Lia y por los Battilana, que le prestan dinero y le ayudan como pueden, también para Enrico y Lini salir adelante sería a veces difícil. Se han llevado también a *Maya*, su barca.

Llega un día con la mujer y dos hijos pequeños, Toio Zorzenon. Es un obrero de los astilleros de Monfalcone, uno de los primeros organizadores en la fábrica de las células clandestinas del partido. Ha estado en las cárceles fascistas y ha sido deportado por los alemanes; ha conocido a Busdachin cuando hacía de partisano en Istria, después de haber huido de Alemania. Es italiano, pero partidario de la anexión de Trieste y del Territorio Libre por Yugoslavia, porque Yugoslavia es un país comunista; para la revolución proletaria las diferencias nacionales no cuentan y hay que redimir al mundo y a los pueblos. Por estas ideas ha sido incluso agredido por los nacionalistas de Monfalcone.

Quiere vivir en Yugoslavia para ayudar a la construcción del socialismo, el país extenuado por la guerra necesita obreros cualificados; son cerca de dos mil los que piensan como él. Dos mil italianos de Monfalcone se cruzan con trescientos mil italianos que, en oleadas diversas, escapan a Italia procedentes de la Istria, de Fiume y de Dalmacia; unos y otros dejan casa, raíces, todo. Zorzenon irá a trabajar a las minas del Arsa, ha pasado a saludar a los Busdachin. La mujer permanece en silencio, aislada, los dos chiquillos están sentados

sobre las pocas maletas que han llevado con ellos. Zorzenon habla del socialismo y del futuro, Enrico se va a dar su paseo, quiere oír el rumor del mar. Lini regala un poco de fruta a los dos niños.

«Queridísimo Biagio, durante muchos años solo he vivido la impotencia para vivir la propia vida…» Pero cuando su sobrino Gregorio viene a visitarlo con su familia, lo encuentra brusco y reticente, como siempre. Enrico está contento de verlos, pero que pongan el coche en otra parte, no quiere coches cerca de él, por favor, y fuera también esos relojes, por lo menos mientras estén en su casa. Después comienza a despotricar contra Tito y el régimen, no le importa que esos dos de la Milicija de al lado le oigan, tanto mejor. Levanta la voz, que los eslavos esperen mil años y después vengan a ocupar el puesto de Venecia, quizá para entonces habrán aprendido algo, la verdad es que mientras estén los comunistas seguirán siendo unos tarugos. Gregorio y la mujer miran en derredor preocupados, pero los dos milicianos fingen no oír nada; conocen al profesor, ríen un poco entre ellos pero como en la escuela, procurando incluso que él no se dé cuenta.

Ahora Enrico va a menudo a pasear junto al mar con Battilana, especialmente de noche. Es esbelto y delgado, los cabellos blancos cada vez más encrespados por el viento, el azul celeste de sus ojos parece volverse cada vez más claro. Le habla de Carlo durante largo rato mientras señala con amplios gestos en dirección al mar. Battilana lo escucha en silencio, a un paso de distancia. «¿Quién mejor que Rico podía hacerme conocer a mí, humilde, aterrorizado hombrecillo, la milagrosa fuerza de los veinte años de su amigo? Relámpagos de amor, truenos de indomable voluntad de ser Uno, como Dios.»

Pero muchas veces Enrico interrumpe su declamación. Algo se le atasca dentro cuando Battilana lo mira del mismo modo que él miraba a Carlo. Asentarse en un único punto, inflamarse, poseerse en la persuasión… que lo dejen en paz, mirando a los chicos y chicas que juegan a pelota en la orilla. Hay una con la boca desdeñosa y las piernas largas, que de un puntapié manda la pelota al agua, la pelota flota entre las olas, sube y baja pero permanece en el mismo sitio.

Enrico vuelve atrás. Con Lini habla poco, no contesta las cartas ni acusa recibo de los poemas de Biagio, todo lo más un par de líneas para justificar su silencio, como a Gaetano a quien solo escribe para excusarse por no escribirle. Tampoco reacciona ante la carta de Lisetta, que le cuenta la caída del Reich vivida en Danzig con el marido y las dos hijas pequeñas, la invasión rusa, la fuga con las niñas en la riada de prófugos. Escribe en cambio rencorosamente a Lia para que le entregue su parte del apartamento cuya propiedad comparten. Es verdad que es más grande y que ella lo ha pagado, pero ese dinero lo ha recibido ella de su padre, ¿y cómo lo había recibido su padre?,

de la mamá, se entiende, pues era su preferido, solo pensaba en él y ni por un momento en el otro hijo de la Patagonia; si Lia ha puesto también algo de su parte, a él le tiene sin cuidado, que haga lo que le dice, si todos, hasta un ignorante que no sabe griego, nos creemos con derecho a decir lo que nos parece, estamos frescos.

Lia lo deja correr; le manda incluso unos paquetes y también una cantidad de dinero, quizá un poco más de lo que vale su parte del apartamento. Enrico le devuelve un recibo y mastica un chirriante gracias. Las mujeres, Lia o la Busdachin, tienen muchas veces algo grande o libre que hace que te sientas mezquino, aunque solo sea por la manera como ponen un plato en la mesa; es irritante, será porque son tontas y no saben que es de megalómanos hacerse los señores.

Chiavacci está trabajando en una nueva edición de las obras de Carlo. «Queridísimo Gaetano, congratúlate de que seas capaz de hacerlo… Tu nombre y el de Arangio permanecerán unidos al Suyo y con el tiempo es posible que se acabe por reconocer que Él es el hombre más grande que Europa ha producido jamás.» Pero a él le importa poco el que su nombre no aparezca unido al de Carlo, está bien que lo borren. Es una suerte carecer de la capacidad de Chiavacci o de Arangio-Ruiz. Con secreto orgullo, Enrico escribe de su incapacidad a Gaetano, aunque después borra la frase de un plumazo, un único plumazo fino que la deja claramente legible. Carlo es el Buda de Occidente y eso basta. Cuando *La fiera letteraria*, que dedica un número a Michelstaedter, se acuerda de él y le pide un artículo, Enrico manda unas pocas líneas, que aparecen entre los extensos y solemnes ensayos de tantos otros, solo para decir que Carlo y Buda son los dos grandes despiertos, de Occidente y de Oriente.

Apagar, embotar lo perceptible, dejar, como Buda, de percibir las cosas, esas cosas que cambian y gustan tanto a Biagio. Vuelve a ver a la mujer de Zorzenon, exhausta y aterrorizada, que cruza Yugoslavia yendo de una cárcel a un consulado o a una embajada. Toio está en Goli Otok, la isla desierta en la que Tito ha instalado un Lager para los estalinistas. La mujer habla con voz más apagada que agitada, no consigue terminar y recomienza de nuevo, interrumpiéndose y repitiéndose. Cuando Tito rompió con Stalin, los monfalconeses de la Kominform protestaron, solo para acabar, junto a los ustachi y los delincuentes comunes, en Goli Otok y en Sveti Grgur, dos islas del alto Adriático convertidas en dos Lager como aquellos que algunos de ellos habían conocido en Alemania. O como los que existen en la Unión Soviética, aunque nadie hable de ellos ni se preste atención a los escasos fragmentos de testimonios que parecen calumnias o fantasías. La cofradía de los malvados funciona, Enrico lo sabe perfectamente.

La mujer habla de Goli Otok. El murmullo de las palabras corre como el agua, las palabras son inocuas, o incluso afectuosas, hasta

cuando contienen el horror; por eso los libros son tan fáciles todos, mientras las cosas y los hombres son difíciles. Enrico oye hablar de trabajos forzados en el hielo y de violencia, apaleamientos, muertos, la cabeza en el agujero del wáter, el *bojkot* que te sitúa en el punto de mira de otros detenidos que pueden confiar en un mejor tratamiento cuanto más celosos se muestren en atacar al compañero reacio a arrepentirse.

Hace tiempo que la mujer no tiene noticias claras de Toio, ni siquiera sabe si está vivo o muerto. Va de un despacho a otro, escribe a consulados y ministerios, nadie sabe nada, nadie dice nada. En Yugoslavia la mandan de un lado a otro; en Italia ni acaban de saber dónde está Istria, imaginemos esos dos islotes, y cuando al final entienden algo de esa historia, les parece divertida, les está bien empleado a esos comunistas, así aprenderán qué es el comunismo. Ingleses y americanos no quieren ni oír hablar de gente de Stalin que acusa a Tito, los diarios comunistas babean contra la pandilla revisionista yugoslava, pero jamás dicen una palabra de los campos de concentración y trabajos forzados.

La mujer no tiene ni un céntimo, ha perdido cualquier ayuda incluso para los hijos, y al igual que ella otras muchas, alguna familia croata, como puede, les da de comer y donde dormir; mientras tanto Toio -si está vivo- y los demás no se doblegan, no hacen la autocrítica y resisten en el Lager en nombre de Stalin.

La mujer se va, quiere ir a Zagreb a la dirección de las cárceles, le dan un poco de jamón y de fruta. Así es la vida, su mutación, rica en golpes de escena, que tanto gusta a los poetas, a los cantores del mito y de la metamorfosis. Enrico cierra los ojos, le gustaría ir más allá de la percepción del mundo, como Buda; estar despierto quiere decir esto, dormir. También esa reverberación de las olas duele en los ojos, el mar que rodea Goli Otok es admirable y cierra feroz ese infierno, ¿qué pretendéis del pérfido mar?

«Querida Paula, se acerca el diecisiete de octubre. Cada año que pasa veo a Carlo más claramente grande…, de año en año me siento más vinculado a Carlo, santo y sabio perfecto.» Paula le hace también un préstamo y él es feliz de gustarle, de cualquier cosa que lo ligue realmente a ella. La única vez que, por un instante, piensa de verdad en abandonar Salvore es cuando se entera de una casita sobre el Collio, en Cormons, al lado de la de Paula.

¿Acaso no han vivido siempre juntos? Hace ya cerca de diecisiete años que no la ve, e incluso las veces que se han visto, después de esos tres días en Pirano y en Salvore de 1909, se pueden contar con los dedos, pero ¿qué importa si los ramos que crecen se alejan cuando la misma linfa corre por ellos? Te deseo a ti y a mí, le escribe, que el año nuevo no desilusione nuestros deseos (que son más o menos los

mismos) como ha ocurrido tantas veces a lo largo de estos años. Pero no importa que estos deseos queden insatisfechos, lo que cuenta es que sean los mismos.

No ve a Paula. Su salvoconducto ha caducado y para renovarlo hacen falta trámites burocráticos, preguntas que responder, pólizas, hasta una fotografía. Le ruega que vaya por él, el diecisiete de octubre, a la tumba de Carlo y que sobre ella ponga en su nombre, como hacía la señora Emma, violetas envueltas en las hojas amarillas de los castaños de Indias de Piazza Ginnastica, donde él y Carlo iban a pasear después de la escuela.

Es Paula quien viene a verlo para su cumpleaños, el primero de junio de 1956. ¿Qué significan setenta años? Carlo tiene veintitrés, Paula setenta y uno, ¿cuántos años tienen esos ojos oscuros? Lini prepara algo de comer. Más allá de los pinos el mar resplandece, el viento roza su cara, Paula se agacha, coge una piña, la tira contra un árbol, falla el tiro y se echa a reír. Ojalá este momento no pase nunca, esa piña y esa risa sin futuro e incluso la mancha oscura que los años han dejado sobre la mano que sostiene la piña, confidencia y temblor, familiaridad que vacila en coger aquella mano, porque no ha sucedido nada y han pasado la vida juntos. Paula repite la visita dos veces. Dos veces son muchas, también esos tres días de Pirano y de Salvore eran muchos y largos.

Tendría que ir a Gorizia, al cementerio; ni siquiera necesita el salvoconducto, ya que la tumba se halla en la parte yugoslava, en Nova Gorica. Pero no hay prisa, todas las cosas quieren ser hechas con prisa. Un día también irá a Bassania, pero lo que ahora necesita es paz, y para viajar hay que organizarse, decidir la fecha y la hora, informarse sobre los autobuses. Desde hace algún tiempo todavía es más reacio a fijar las cosas y se deja llevar gustosamente por su rumor, que cubre y confunde los mensajes que todos quisieran enviarle desde todas partes. Escribe a Gaetano y en el ángulo superior derecho, como fecha, pone veinte (más o menos) de mayo, porque no puede acordarse y le fastidia hacer el esfuerzo necesario. Aunque fuera el veintitrés daría igual.

Alguien, ya no sabe quién, le ha dicho que escriba sus memorias, pero no le gusta, sus recuerdos son para él y regalarlos a los demás es una fanfarronada como la manía tolstoiana de dárselo todo a los pobres. A veces le parece que sí le gustaría escribir sus memorias, pero cómo se hace, necesitaría más tranquilidad, estar seguro de que no llegará nadie a llamar a su puerta. Es cierto que, comparado con el resto, Punta Salvore es un lugar tranquilo, pero no puedes estar seguro de que no llegue nadie y para escribir hay que estarlo.

Cada vez va con mayor frecuencia a caminar a lo largo de la escollera, entre otras cosas porque cuando le hablan, incluso Lini, no

entiende, o sí entiende, pero cuando se decide a responder ya no recuerda qué le han preguntado, mejor así. Con los chillidos de las gaviotas en los escollos, por el contrario, no tiene problemas. Va descalzo como siempre, debe haberse vuelto más resistente al frío porque no se pone nada sobre la camiseta, ni siquiera cuando la bora es glacial. Lini lo ayuda a ponerse un jersey de lana, después se siente mejor. Cada vez permanece más tiempo, a veces horas, mirando el mar. Cuando sobre el fondo bajo ve los erizos, hunde la mano en el agua y los coge, se hace daño con las púas pero se olvida inmediatamente y vuelve a empezar.

Hablan de Toio, una de Salvore que ha estado en Trieste ha encontrado a la mujer. Lleva unos cuantos años en libertad, como los demás. Ha vuelto a Monfalcone, donde su casa mientras tanto había sido entregada a una familia de exiliados huida de Yugoslavia y donde la gente lo tacha de partidario de Tito y traidor a la patria. Ni siquiera el partido comunista quiere tenerlo demasiado cerca, porque los que son como él le recuerdan las campañas estalinistas contra Tito, que el partido prefiere olvidar. Tal vez irán a Australia, ha dicho la mujer. Enrico escucha, pero no entiende de qué están hablando, quién es ese Toio.

Está contento, como nunca lo ha estado. Por fin el mundo que lo rodea se aplaca, después del mal tiempo las olas borrascosas dejan de golpear furiosamente la orilla y el fragor se mitiga en un rumor de resaca. Todo se mitiga, y eso es bueno. A veces, en las grutas de la playa, al agacharse pierde el equilibrio, se tambalea y tiene que apoyarse en la roca. Otra vez no consigue regresar a casa, debe de haber llegado más lejos de lo que creía, quizá a Bassania, finalmente; una mujer de caderas anchas y sonrisa franca en los ojos entornados entre las arrugas de la piel campesina lo coge del brazo, él la conoce pero no consigue recordar su nombre; al cabo de unos minutos está en casa.

Paula viene a buscarlo, lo encuentra en la playa. Él se coge del brazo de Lini y mira fijamente el encabalgamiento de las olas. Es tarde, ya es noviembre de 1959. Enrico le responde con monosílabos, moviendo una y otra vez la cabeza; Paula se apoya contra un árbol, como se había apoyado en un mueble aquel diecisiete de octubre, cuando supo lo de Carlo.

En el pinar construyen campings y bungalows, trabajan y plantan estacas, pero es gente que no sabe trabajar y continuamente olvida las palas en el terreno. Enrico se detiene y las saca de ahí, es un gran esfuerzo y esos no entienden nada, se las quitan y vuelven a ponerlas donde estaban, en el sitio equivocado, pero con amabilidad ellos también lo acompañan a casa. Él quiere explicarles que están en un error, pero farfulla y se confunde, debe de ser que no sabe el croata.

También con Lini habla poco, pero todo va bien. Lini lo desnuda, lo mete en la cama, se echa también ella tomándolo entre los brazos. Él percibe el olor de su piel, seco y áspero como una flor silvestre, siempre le ha gustado, se acuerda vagamente de algo pero no sabe de qué, estira la mano hacia ella pero se detiene indeciso, la mano vuelve a apoyarse en la sábana. Lini lo acaricia, se levanta y se va a dormir a su cama.

Cuando lo llevan al hospital de Capodistria ya no reconoce a nadie y al cabo de unos días lo devuelven a casa. Mientras lo bajan de la ambulancia, la Busdachin, que lo sostiene, ve cómo alza la vista y mira hacia arriba, a su alrededor, la tierra roja, las copas de los pinos, el mar abajo. En la boca inerte aparece, por un instante, casi una sonrisa. Lo meten en la cama y lo dejan solo. Lini sabe que eso es lo que quiere, sale de la habitación y lo mira mientras cierra la puerta.

Enrico está echado en la cama y contempla un desconchado de la pared, una mancha, una grieta: la lámpara de Carlo la ilumina, la mancha se ensancha, se colorea, se estrecha, es la escama de un pez, un islote, el ojo rapaz de un chimango, un pezón, un puñado de arena que se desordena, tinta que mancha el gris desteñido del aula. La grieta en el techo cerca del retrato de Schopenhauer se esquirla, la luz oscila y hace temblar la pared. Nino mueve la lámpara, los ojos de Carlo arden en la sombra, se hunden en aguas oscuras, Paula enarca las cejas, el mar lo invade todo, una rodilla le duele un poco, pero muy poco, después también ese dolor se apaga. El aceite de la lámpara desborda. El cuerpo es un globo que un niño hincha con todas sus fuerzas, se ilumina dentro y se dilata y llena toda la esfera del cielo con una luz tersa y firme e igual; no hay nada más, nadie puede oír el tenue estallido cuando una aguja de pino agujerea el globo o el crepitar del aceite que se expande sobre la llama y la sofoca.

* * *

Lo que sigue al cinco de diciembre de 1959 se cuenta en muy pocas palabras. Lini vela a Enrico en aquella habitación, toda la noche a solas, no es muy diferente de muchas noches de los últimos tiempos. Lo mira seria, sin llorar, de vez en cuando le coge una mano. Lo entierra en el cementerio de Salvore y sigue viviendo en la casa. Catorce años caen el uno dentro del otro como aquellas cajas chinas con las que jugaba de pequeña, el vino y el pelinkovech los destiñen en una luz opaca, aquella de determinados días en que no se acaba de saber si es mañana o tarde. Para él yo no era nada comparada con Carlo, cuenta a los sobrinos que vienen a visitarla. Con los Busdachin está muchas veces descortés o ausente, pero alguna noche se sienta con la vieja bajo los olivos y aquel rostro ancho, irónico y benévolo

hace que se sienta tranquila.

Paula muere en 1972; más que por la muerte de Rico, ha escrito, ha sufrido cuando lo vio por última vez. El tres de diciembre de 1973 encuentran a Lini muerta desde hace varias horas a los pies de la escalera; debe de haber caído del rellano encima de la primera rampa, allí está la repisa con las botellas y se ha fracturado el cráneo. Sus parientes, después del funeral, recogen algún libro y algunos papeles, entre ellos la carta de Tolstói, y guardan el resto, volúmenes y carpetas, en el gran baúl claveteado, que se queda allí, junto a la ventana. Lia se lleva la lámpara y se la regala a su hija Anna, que está en Gorizia y se ha casado con un Luzzatto, pariente de la madre de Carlo.

Diez años después, una nueva edición crítica de las obras de Michelstaedter, ejemplar por su rigor y su amplitud, en una nota del *Epistolariorecogida* en varias publicaciones anticipa en veintitrés años la desaparición de Enrico Mreule, dándolo por muerto en Umago en 1933.

NOTAS

[1] En español, en el original. (*N. del T.*)